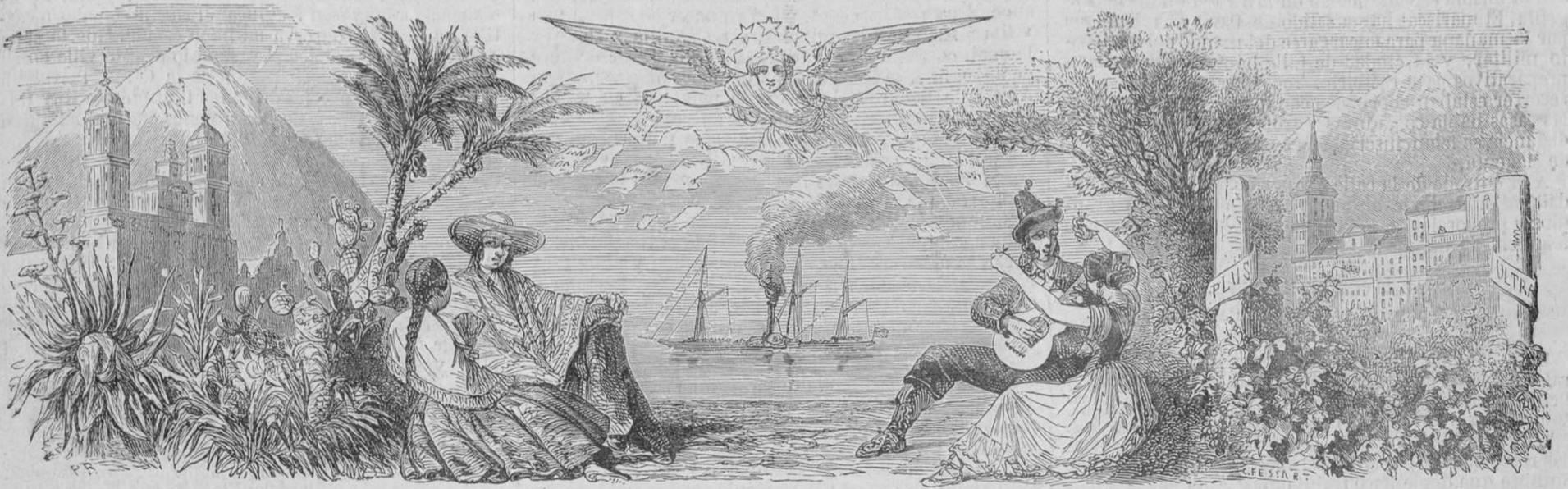


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Año 18. — N° 357.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Recepcion del mariscal Mac Mahon en la ciudad de Lille; grabado. — Un viaje a Pastrana, en recuerdo de Moratin. — ¡Chist! — La amistad. — Inauguración de

la estatua de la emperatriz Josefina en el fuerte de Francia (Martinica); grabados. — Recepcion del emperador y de la emperatriz en Burdeos; grabados. — Revista de Paris. — sacrificio y recompensa. — Baile dado a SS. MM. por la ciudad de Burdeos; grabado. —

La jóven de Treppi. — Curiosidades del bosque de Fontainebleau; grabados. — Anales de los artistas españoles. — Revista de la moda. — Palacio de la favorita Jancina; grabado. — Recepcion de los pontoneros del ejército de Italia en Estrasburgo; grabado.



RECEPCION DEL DUQUE DE MAGENTA EN LA PLAZA MAYOR DE LA CIUDAD DE LILLE.

Recepcion del mariscal de Mac-Mahon en la ciudad de Lille.

Hace algunas semanas la llegada del 86º regimiento de línea daba lugar en Lille á una manifestacion entusiasta, y el 3 de octubre último se repitió la ovacion con la misma espontaneidad en favor del duque de Magenta. El mariscal habia salido de Paris el mismo dia por la mañana para encargarse del mando del 2º distrito militar, y la ciudad de Lille habia hecho grandes preparativos para recibirle. Todas las calles que debia recorrer estaban adornadas con palos y banderas; en las casas habia colgaduras y trofeos, y de distancia en distancia se leian inscripciones en honor del vencedor de Magenta.

A la entrada de la calle Esquermoise, la municipalidad habia hecho levantar un arco de triunfo de grandiosas proporciones. Por el lado de la plaza Mayor se leian estas palabras:

AL DUQUE DE MAGENTA.
AFRICA. — ITALIA. — CRIMEA.

Entre las columnas que figuraban las fachadas laterales habia escudos que recordaban los numerosos y brillantes servicios del mariscal. Las palabras Staoueli, Mouzaia, Amberes, Aidoussai, Ain-Kebira, Calaa, Malakoff, Icheriden, Turbigio, Magenta y Solferino, rodeadas con coronas de laureles, mostraban á la muchedumbre que desde hace treinta años, cada vez que han combatido los hijos de la Francia, el mariscal estaba allí para contribuir al triunfo de sus armas.

A las cuatro menos cuarto una salva de artillería anunció la llegada del mariscal. A la salida del camino de hierro encontró á los condecorados con la medalla de Santa Elena, que le saludaron con sus aclamaciones. El duque montó el mismo caballo que llevaba en Magenta y en Solferino, y se puso en marcha seguido de los generales residentes en Lille y de su estado mayor, y recorrió la carrera formada por los artilleros sedentarios de Lille, los bomberos y las tropas de la guarnición.

Por todas partes resonaron los gritos de: *Viva el mariscal!*; *Viva Mac-Mahon!* á los cuales se mezclaba el grito de: *Viva el emperador!* con un entusiasmo que parecia aumentarse á cada paso. Al propio tiempo caian por todas partes flores y ramilletes; el ilustre mariscal saludaba con cortesía, y la muchedumbre contestaba con nuevos vitores.

A eso de las dos y media S. E. entraba en el cuartel general donde le esperaban todas las autoridades de Lille.

X.

Un viaje á Pastrana en recuerdo de Moratin.

El que traza estas líneas, modesto cultivador de las letras españolas y entusiasta admirador de nuestros buenos ingenios, especialmente del gran pintor filósofo de nuestras costumbres en principios de este siglo, que aunque no llegó á conocer á este, todavía habia alcanzado á oír de boca de alguno de sus mas íntimos amigos infinidad de anécdotas de la vida íntima del gran poeta, y especialmente de sus excursiones á Pastrana, y de la animada y poética sociedad que en ella se reunia, sabia que el ilustre proscrito, cuando fenecido el juicio de purificación á que se le sujetó y le privó de sus bienes, le fueron devueltos estos en 1816, habia vendido la casa que tenia en Madrid, y en que habitaba (1), y que la hacienda de Pastrana, que anteriormente y durante la dominacion francesa habia cedido á su prima Anita para ayudar á su dote cuando se casó con el sabio orientalista don José Antonio Conde, muerta esta á poco tiempo, y recobrada dicha hacienda por Moratin, la cedió plenamente en 1826 á la inclusa de Madrid; sabia también que este establecimiento piadoso la habia rifado en 1831, porque conservaba aun billetes que tomó para dicha rifa; pero siendo pocos los que se despacharon, volvió á quedar á la misma inclusa, que desde entonces venia disfrutándola, hasta que por la ley de desamortizacion se sacaba ahora á la venta pública.

No necesitaba á su entender saber mas; y suponiendo que, aunque solo se hablaba en el anuncio de la huerta, acaso no se haria mención de la casa, porque tal vez habria desaparecido en ruinas con el trascurso del tiempo; llegado el dia de la subasta, y llevado únicamente de su entusiasmo, no titubeó en rematar por tres tantos mas que su valor, una finca improductiva é inútil, aunque ennoblecida con tan gratos recuerdos. Pero sus ilusiones de haber adquirido siquiera no fuese mas que las ruinas de la morada de Moratin no duraron mucho, pues á pocos dias supo que la casa existia en pie, y que por un acuerdo singular de la junta de Guadalajara se habia rematado aparte en la cabeza del partido, separándola para ello de la huerta, aunque fuese en la esencia finca indivisible y con entrada común, y hasta llevándola al absurdo al extremo de subdividirla en pisos, de separarla también de la huerta la casita del hortelano que iban siempre unidas en arrendamiento, y todo para que no excediendo cada lote de los 10,000 reales que previene la ley, no tuviera lugar

el simultáneo remate en Madrid (1). Supo en fin que dichas casas, principal y del hortelano, habian recaído en un caballero militar de graduacion, residente fuera de Madrid, pero llegado casualmente á esta corte á pocos dias; se lamentaron ambos del conflicto en que se encontraban, con media finca cada uno, y ambos precisamente con la que menos les interesaba. Conviniéron sin embargo en una cosa, y fué en hacer en comun una visita á sus referidas mitades, y hé aquí la razon por la cual, corriendo la madrugada del dia 13 de octubre de aquel año, salimos mano á mano en diligencia para Alcalá de Henares, desde donde montados en sendas mulas del pais (únicas prudentes aunque modestas cabalgaduras que permiten sus queiebros y aspereza), nos encaminamos á salvar, en nueve ó diez horas de famoso trote, las ocho mortales leguas que separan la antigua *Complutum* de la no menos antigua *Paterniana*.

Subimos pues al rayo del sol de medio dia la empinada cuesta de Zulema, y atravesando el Henares, empezamos á caminar por aquella quebrada y pintoresca comarca, trepando sus empinadas cuestas, bajando á sus profundos valles, salvando las pedregosas cañadas, contemplando su aprovechado cultivo, su útil aunque no espléndida vegetacion, en que domina el mas triste de los arbustos, el olivo, y la mas humilde y aromática de las yerbas, el tomillo y atravesando aquellos infelices lugarecitos que parecen nacidos en las laderas de las montañas, ó surgir entre las peñas, en las hondonadas de los valles. Dejamos á nuestra derecha la antiquísima poblacion de San Torcaz ó San Torcuato, cuyo castillo, hoy unido á la iglesia, sirvió de prision al duque de Híjar y al marqués de Siete Iglesias. Una legua mas allá atravesamos el tristísimo y misero lugarcito de Pioz, con un pintoresco castillo cuadrado con hondo foso y puente levadizo, que se descubre á muchas leguas; y otra mas allá, emprendimos á pié la bajada de la empinadísima cuesta de Loranca, dejando á las caballerías que se gobernaban por su instinto, y mirando, no sin cierta complacencia, el pintoresco cuadro que ofrece aquel pueblo con sus casas escalonadas en la peña sobre el rio, sus molinos, puentecillos y rústicos techos; en un alto á la derecha se ve un vasto edificio, ruinoso en parte, que fué casa de los jesuitas y se llama Jesus del Monte. Atravesamos despues el Tajuña sobre un puente, y corrida otra legua de subidas y bajadas, llegamos á Hontova, poblacion no menos agreste ó primitiva que Loranca, encima de la cual, y en otro cerro de la izquierda, se halla el santuario de Nuestra Señora de los Llanos, hoy casi destruido, que se dice remontar al siglo XIII y en 1463 se dió á los monjes gerónimos de Tendilla. Todavía nos faltaban dos leguas, es decir, cuatro horas de accidentado camino, habiendo de atravesar lo mas áspero y escabroso de la Alcarria hasta el lugar de Güeva, en las proximidades de Pastrana. Arribamos en fin á esta, asendeados y maltrechos, ya bien entrada la noche, y á la claridad de la luna atravesamos sus pacíficas y solitarias calles, sin otro recibimiento que el ladrido de los perros, ni mas ruido que el que formaban las herraduras de nuestras caballerías resbajando en los agudos y pelados guijos; y costecando la sombra que proyectaba un formidable edificio (que era nada menos que el palacio ó castillo de los antiguos duques de esta villa), dimos fondo en una de sus casas, precisamente en la misma que ocupó Moratin mientras la construccion de la suya.

IV.

Pastrana es una villa notable en la antigua Olcadia, que al parecer está designada por Tolomeo en su geografia con estas palabras: *Paterniana civitas in Carpentanis edificata est an. 3947*; y efectivamente, todo su aspecto revela la mas remota antigüedad. — Extiéndese en anfiteatro en el declive de un elevado cerro; sus calles y edificios escalonados, entre los cuales hay, como diremos, varios de cierta importancia, sus restos de muralla, los huertos y ermitas, las fuentes naturales y los arroyos que le rodean, y los peñascos que limitan su horizonte, forman un agradable conjunto, si bien no despojado de aquel matiz de rudeza, pobre y melancólico, que respira, por decirlo así, toda aquella ágría y silenciosa comarca. A pesar de esto y de ocupar, como queda dicho, lo mas áspero y apartado de ella, la villa de Pastrana, capital del partido que lleva su nombre, por su poblacion, por su industria, por su antigüedad, la importancia de sus edificios, lo aseado de sus calles, la riqueza de sus aguas, la variedad y abundancia relativa de los frutos del ameno y fértil valle que le rodea, viene á ser la pequeña corte de la Alcarria, la modesta capital de aquella comarca infeliz; y si un camino carretero la llegase á unir á la de la provincia, ó por lo menos al que conduce á los baños de Sacedon, situados á dos leguas, no puede dudarse que hallaría en sí recursos propios para elevarse á su antigua importancia.

Túvola en efecto en los siglos pasados, no solo fabril, industrial y agrícola, sino hasta cierto punto en la historia política y religiosa de España. Perteneciente á la orden militar de Calatrava por donacion que le hizo de ella el rey Don Alfonso VIII en 1174, juntamente con el castillo de Zorita, mereció un particular afecto á los maestros de dicha orden, que la concedieron notables

(1) Sobre estos procedimientos y la circunstancia de haberse también exagerado en el anuncio la verdadera cabida y renta de dicha huerta, habiéndose imputado á esta la de la casita del hortelano que se vendió aparte, hay pendiente reclamacion en la direccion de propiedades del Estado.

privilegios. Cuando el emperador Carlos V obtuvo bula para desmembrar y vender algunos bienes de las órdenes militares, lo hizo de la villa de Pastrana y otras vecinas en 1541, á favor de doña Ana de la Cerda, esposa de don Diego de Mendoza, conde de Melito, en la cantidad de 19.406,922 mrs. Concedióse á los compradores el permiso para construir una casa fuerte, y en su consecuencia empezaron á edificar el suntuoso palacio-castillo que aun se conserva en buen estado. Muerta doña Ana, recayó la propiedad y señorío de esta villa en su hijo mayor don Gaspar Gaston de la Cerda. Privaba á la sazón en los consejos de Felipe II el famoso Ruy Gomez de Silva, esposo de la no menos célebre doña Ana de Mendoza y de la Cerda, hija de los dichos condes de Melito; y deseoso aquel privado de adquirir la villa de Pastrana, que estaba bajo el señorío de la familia de su esposa, y previa real licencia la compró este palacio y casa fuerte y sus dependencias en precio de 14,466 ducados y 143 mrs., y posteriormente adquirió también las alcabalas, tercias y patronatos de la misma en 51,000 ducados, con que quedó el dicho Ruy Gomez señor de toda esta villa y sus lugares, y dueño ya de ella quiso hacerle cabeza de sus estados, á que accedió Felipe II dándole el título de *duque de Pastrana*. Sucedióle en el título y estados su viuda doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli y de Melito, ya tan célebre por su hermosura como por el talento, sagacidad y travesura con que supo avasallar á un tiempo el corazón del austero Felipe II y el de su afamado ministro Antonio Perez; amores y rivalidades que al paso que de su propia desgracia y la del poderoso ministro acaecida en 1579, dieron origen mas que la ruidosa muerte del secretario Juan de Escovedo, á la dura persecucion suscitada contra Antonio Perez, y á sus terribles consecuencias del levantamiento del reino de Aragon en su defensa.

Dicha señora y su esposo Ruy Gomez de Silva, gran confidente y privado (si es que alguno tuvo) del severo Felipe II, concluyeron y habitaron muchas temporadas el palacio ó casa fuerte de Pastrana. Es un sólido y elegante edificio de sillería, que aun hoy ofrece una vista majestuosa y seria: hállase flanqueado por dos torreon salientes, y encima del arco de su portada hay dos figuras de medio cuerpo, que representan sin duda los duques fundadores y las armas é inscripcion de *Mendoza y la Cerda*, sobre que destaca un grandísimo y único balcon, siendo ventanas todas las demás del edificio, entre las cuales hay una llamada *la reja dorada* en la torre de la derecha; en la parte alta hay troneras y saeteras. Lo interior de este palacio está muy abandonado por la desidia de sus dueños sucesivos; pero aun conserva en sus inmensos salones varios techos artesonados de exquisita labor, gigantescas chimeneas y el oratorio en que santa Teresa misma en presencia de los duques Ruy Gomez y doña Ana de Mendoza, instituyó el convento y puso los hábitos, cosidos por ella misma, á los primeros carmelitas *descalzos*. A la espalda de este palacio hay muy hermosos jardines y huertos que se extienden sobre un cerro, ofreciendo la particularidad de tener que subir á ellos desde la casa por una larga escalera cubierta también de verdura. Delante del palacio se despliega una hermosa y grande plaza cuadrada, con pórtico y paseo de árboles, asientos y fuente de piedra, y en el centro una cruz de jaspe, desde la cual se descubre lo mas risueño y ameno del reducido pero fértil valle de Pastrana y los montes que le circundan.

La antiquísima parroquia de esta villa, convertida en colegiata por los mismos duques Ruy Gomez y doña Ana en 1573, se componia de un crecido número de prebendados; pero suprimida por el concordato último, ha quedado reducida á su antigua condicion de iglesia parroquia. El templo empero, reedificado ó mas bien reconstruido con suntuosidad por don fray Pedro Gonzalez de Mendoza, hijo de los fundadores los ya citados duques, y obispo que fué de Sigüenza despues de haber sido arzobispo de Granada y Zaragoza, ofrece buena arquitectura en la parte nueva que es la capilla mayor y el coro, y en sus altares hay excelentes cuadros y estigies; en su sacristia ricos ornamentos bordados, y suntuosos candelabros y servicio de altar de ébano, donados por el mismo fundador, así como también notable número de reliquias y otros objetos dignos de aprecio y veneracion. — El *panteon*, que está debajo de dicha capilla mayor y que mandó construir el fundador para él y su familia, ofrece la forma de cruz, y en él se ven sepulcros de mármol de bastante buena labor en que se leen los siguientes epitafios: «1º Aquí yace Ruy Gomez de Silva, murió en Madrid, año de 1573.» — «2º Aquí yace don Diego de Mendoza y la Cerda, murió en Madrid, año de 1578.» — «3º Aquí yace doña Ana de Mendoza y la Cerda, murió en Pastrana, año de 1592.» (Esta es la famosa princesa de Eboli, causa de la desgracia de Antonio Perez). — «4º Aquí yace doña Catalina de Silva, murió año de 1592.» — «5º Aquí yace Ruy Gomez de Silva, tercer duque de Pastrana, murió año de 1626.» — «6º Aquí yace la Excm. señora doña Leonor de Guzman, princesa de Melito, murió en Madrid año de 1636.» — Y «7º Aquí yace don Rodrigo de Silva, cuarto duque de Pastrana, murió en Madrid año de 1675.» — En el mismo panteon se halla sin colocar en nicho y cubierta de mampostería la caja de plomo en que se conservan los huesos del fundador el arzobispo obispo don Pedro Gonzalez de Mendoza, que tanto hizo por esta santa iglesia.

Santa Teresa de Jesus en el viaje que hizo á esta villa en 1569, llamada por los duques Ruy Gomez y su esposa, fundó, segun queda dicho, el convento de Car-

(1) Calle de Fuencarral, núm. 8, hoy 46 nuevo.

melitas descalzos ó reformados; en él estuvo de maestro de novicios san Juan de la Cruz, y de él salieron los fundadores de la congregación de Italia. — Está en las afueras de la villa, y en el día, después de la extinción de las comunidades de hombres, ha sido destinado y se halla ocupado por los misioneros de Asia, y á esto ha debido su salvación de la ruina. — Al mismo tiempo fundó también la santa Madre otro convento para monjas Carmelitas, aunque á los cinco años hubo de trasladarlas á Segovia por causa de los disturbios y disidencias que promovió en él la mismísima duquesa princesa de Eboli, la que á la muerte de su esposo Ruy Gomez, llevada de un arrebatado momento propio de su acalorada imaginación, se metió monja, lo que sabido por la santa, que la conocía bien, exclamó: — *¿La duquesa monja? El convento está perdido.* No tardó en verificarse tan exacta profecía, pues que la veleidada, viveza y orgullo de la princesa produjeron su inmediato resultado de malquistarse con las religiosas, de salirse estas del convento, y de obligar á la santa á trasladarlas á Segovia. Poco después entraron á ocuparle las Franciscas Concepciones que aun existen en él.

Dentro de la villa también existe el antiguo convento de San Francisco trasladado de Valdemorales por la duquesa de Melito á fines del siglo XV. — En su iglesia y bajo de su capilla mayor hay también otro panteón fundado por dicha señora para su familia, que después por la adquisición de Pastrana por Ruy Gomez de Silva confundió en una sola á los Silvas y Mendozas. — Esta iglesia era propiedad de los duques; en su convento había colegio de filosofía y teología, y en él estuvo de colegial el eminentísimo cardenal don fray Cirilo Alameda, general que llegó á ser de la orden, y hoy arzobispo de la santa iglesia primada de Toledo.

Otros varios edificios y recuerdos históricos podría citar aquí existentes en esta villa; pero viniendo al objeto que á ella me llevaba, y á fin de terminar este artículo, que ya se va haciendo demasiado extenso, me limitaré á la casa y huerta de Moratin.

V.

Hállase situado al extremo de dicha villa, fuera de sus antiguos muros, aunque hoy forma parte de la misma el extenso barrio llamado del *Albaycin*, fundado, á lo que parece, por moriscos vencidos y dispersos de Granada, que llamados por el príncipe Ruy Gomez de Silva, vinieron en crecido número á esta villa, trayendo á ella su industria y sus fortunas, enalteciéndola considerablemente, hasta el extremo de contar á principios del siglo XVII hasta 2,000 vecinos, con notables fabricaciones y artefactos de sedas y tapicerías (1). Todo ello hubo de decaer á su expulsión; hoy solo cuenta 560 vecinos, y de todas sus fábricas y telares no queda una sola, ni mas que uno ó dos molinos de papel. Entre sus casas, todas de cal y canto, ruinosas y ennegrecidas por el tiempo, sobresalen todavía las de este barrio, que hoy viene á formar una tercera parte de la población: al final de él y de su mejor calle, en el recuenco que forman unos cerros elevados sobre su izquierda, hay un reducido espacio, decorado por una de las municipalidades modernas de esta villa con el nombre de *Plazuela de Moratin*, y en él se eleva la casa mandada construir en los últimos años del siglo pasado por el ilustre poeta.

Es de bastante buena forma y capaz, con pisos bajo, principal y segundo; toda ella de cal y canto, y con ventanas antepechadas y guarnecidas de sillería; la escalera y habitaciones son claras, espaciosas, y el pavimento de una argamasa tan sólida y compacta casi como el asfalto, clase de enlosado que permite la excelente calidad de la cal y el yeso de aquella tierra. Tiene contigua á la derecha una parte de edificio destinada á habitación del hortelano, y por la izquierda un solar y ruina de la antigua casa que intentaba Moratin incorporar á la nueva. — Pero lo primero que choca al contemplar esta es la mala elección del sitio en que se halla colocada; en el fondo de un barranco sobre el cual hubo de colocar un antepecho para defenderla de las aguas que en ocasiones descienden á torrentes del cerro contiguo; asombrada por este á la derecha, y á la espalda por el otro cerro en que está el olivar y la huerta, de modo que desde el plano de esta aparece la casa sumida en la hondonada, y para salir de ella á la huerta hay que subir el cerro que la domina.

Seguramente que no podría escoger situación menos á propósito el ilustre escritor dramático para espaciar su imaginación y para recrear sus sentidos (2). Esta ob-

(1) En la famosa causa formada contra Antonio Perez, se le hace cargo de haber mandado fabricar en Pastrana tres ricos reposteros de terciopelo para regalar á una señora de elevada gerarquía, que ya se sabe quién podrá ser.

(2) Veamos cómo él mismo describe su retiro en una de sus composiciones dirigidas al príncipe de la Paz.

Buscando alivio á mi salud endeble,
Me vine á guarecer en la aspereza
De estos peñascos, del ardor altivo
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,
Paz en el alma, soledad quería,
Frescura y sombras. Encerré con llave
Los doctos libros que el talento ilustran,
Y el vigor al estómago destruyen.

Holgar quise y vivir; y apenas llevo
A las orillas que fecunda el Arlas
Coronada la sien de humildes juncos,

servación que revela su carácter sombrío, tímido y receloso, se ve también confirmada en toda la disposición interior de dicha casa; con fuertes puertas y cerrojos, que (según el testimonio de personas que aun le alcanzaron y de cuya boca lo hemos oído) cuidaba de cerrar por sí mismo todas las noches antes de cobijarse en la última de dichas habitaciones, en la que además había hecho abrir una puerta de escape á la huerta. Esta es bastante espaciosa, y seguramente plantada en sus tiempos de acacias, plátanos, sicomoros y otros árboles *extrños*, como dicen aquellas gentes, ofrecería distinto aspecto; pero hoy lo está de modestas coles y lechugas, tristes olivos y algunas parras é higueras, y solo encaramándose encima del cerro puede disfrutarse la vista del reducido valle y horizonte de Pastrana. — De suerte que ni la elección del pueblo, ni la del sitio, ni la forma de la casa, ni la de la huerta inspiran la mas mínima sensación halagüena; ni revelan el buen gusto del ilustre cortesano, y del viajero instruido, el peregrino ingenio del insigne poeta, del eminente filósofo pintor de nuestra sociedad. Tal vez aquellas modestas salas, aquella prosaica huerta (que ahora ocupan gentes rústicas y braceros infelices) iluminadas y embellecidas por el genio, aparecerían diversamente á la añable sociedad que allí se reunía y formaban la corte del ilustre *Inarco*. Hoy por hoy, desprovistas de aquel talisman precioso, se presentan á nuestros ojos en toda su prosaica desnudez.

Véase, sin embargo, por lo que queda referido, que un viaje á Pastrana no es indiferente á los amantes del estudio y de la gloria patria; porque aquel humilde y apartado pueblecito encierra todavía testimonios, envuelve recuerdos interesantes y gloriosos de nuestra historia religiosa, política y literaria, que se reasumen, por decirlo así, en tres personajes insignes, aunque por bien diversos títulos; á saber: *santa Teresa de Jesús*, *la princesa de Eboli* y *don Leandro Fernandez de Moratin*.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

¡Chist!

I.

Tengo yo un ángel mas bello...
Con unos labios tan rojos...
Negros, muy negros los ojos,
Rubio, muy rubio el cabello.

Junto á la cuna yo miro
Su faz dormida y serena,
Mas blanca que una azucena,
Mas suave que un suspiro.

En su rostro angelical
Brilla el alma candorosa,
Como el boton de una rosa
En un vaso de cristal.

Venid: en su boca vierte
El sueño blanda sonrisa.
Eh!... no vengais tan deprisa,
Callad, que no se despierte.

II.

¿No veis con qué gracia va
La tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo
Siempre sonriendo está.

Tiene... poco mas de un año...
No la beseis... duerme ahora,
Y al despertar siempre llora,
Como si le hicieran daño.

Mirándola estoy dormida
Y me estoy mirando en ella;
Yo la veo como una estrella
En la noche de mi vida.

Hermosa niña... ¡qué suerte
Le guardará la fortuna!...
No movais tanto la cuna,
Callad, que no se despierte.

III.

Es un ángel de hermosura,
De esos que una madre sueña:
¡Tiene la faz tan risueña,
Y la mirada tan pura!
¡Con qué indefinible anhelo
Miro su faz sonrosada!
Es un alma desterrada,
Sí, desterrada del cielo.

Inesperada pesadumbre altera
Mis honrados propósitos. ¿A dónde
Sabré ocultarme, si habitando ahora
Rústico albergo, defendido en torno
De precipicios y fragosas cumbres,
Aquí me induce á traducir mi estrella? etc.

Mas bajo... no habeis tan fuerte,
No turbeis su sueño blando,
Sueña... ¿qué estará soñando?...
Callad, que no se despierte.

JOSÉ SELGAS.

La amistad.

Á MI QUERIDA AMIGA LA SEÑORITA DOÑA J. R. Y J.

Existe un sentimiento delicado
Del alma en lo interior, tierno y profundo,
Que nunca en los vaivanes de este mundo
Ni se borra ni sufre variedad:
Sentimiento tranquilo y cariñoso
Que engendra acciones nobles y eternas,
Y de bálsamo sirve á nuestros males;
Tal es, hermosa mía, la amistad.

¡Amistad! grato nombre; dulce emblema
Del fraternal cariño, puro y santo;
Ella los hombres une con encanto
Sin pararse en edad ni condicion:
Para ella no existen diferencias
Ni en sexo, ni en creencias, ni opiniones:
No distingue de razas ni naciones;
Todo lo allana su infantil pasión.

Tal vez en el amor pueden gozarse
Emociones mas fuertes y ardorosas:
Mas no son como aquellas candorosas,
Ni cual ellas alcanzan á durar;
Prontamente en amor viene el hastío;
Prontamente también suele romperse;
Inconstancias en él llegan á verse,
Y presto se le mira declinar.

Una cana quizás, alguna arruga
Concluyen el amor antes mas tierno:
Llega de la vejez el triste invierno,
Y el amor ya no puede subsistir.
¡Triste cosa en verdad, es ver los hombres
Lentamente observar la propia marcha
Que observa el árbol con la fria escarcha,
Sin que puedan su imperio resistir!...

Tú que eres niña y á vivir empiezas
Y no has sufrido del amor los tiros,
No comprendes tal vez estos suspiros
Que exhala mi gastado corazón:
Tú que eres hoy alegre y cantas siempre
Gratas canciones con tu voz sonora,
No comprendes por qué, lo que es ahora,
Debe dejar de ser, en mi opinión.

Mas no importa, querida; canta alegre
Ya que tu corazón á ello se presta:
No quiero de tu alma la floresta
Marchitar con la triste sequedad;
Y si en amor hallases algun día
Que es mi triste opinión verdad notoria,
Acuérdate de mí; y en mi memoria,
Conságrate, bien mio, á la amistad.

F. DE LA E. Y E.

Inauguración

DE LA ESTATUA DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA EN EL FUERTE DE FRANCIA (MARTINICA).

La Martinica ha celebrado con gran pompa en los últimos días del mes de agosto la inauguración de la estatua de la emperatriz Josefina. Hé aquí el resumen de estas fiestas:

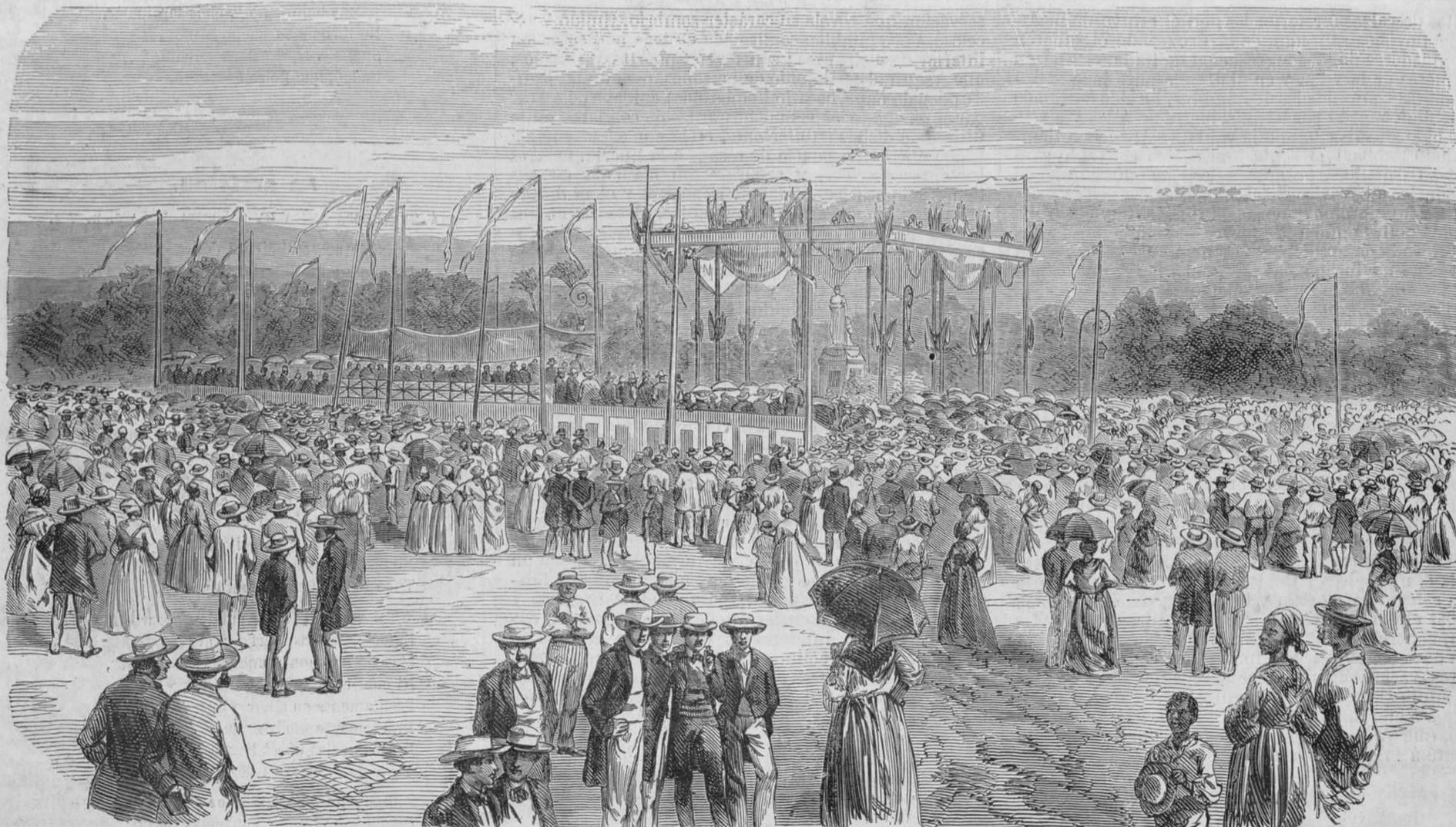
El 28 de agosto se canta una *salve* por la noche; el 29 se eleva la estatua en mármol de la emperatriz Josefina en medio de la llanura del Fuerte de Francia sobre un pedestal de granito rodeado con una verja sencilla y de buen gusto; un velo la cubre. A los lados había tres tribunas, adornadas con banderolas de variados colores, para los gobernadores de la Martinica y de la Guadalupe, para los extranjeros de distinción procedentes de las islas inglesas y danesas, y para las autoridades de las dos colonias francesas.

Las tropas forman la carrera, incluidos dos pelotones de marineros. — Al salir de misa el cortejo desfila al son de la música y toma asiento en las tribunas.

M. Maussion de Candé, capitán de navío, gobernador, después de pronunciar algunas palabras alusivas á la circunstancia, da la señal; el cañón resuena; una nube de humo envuelve un instante la estatua, mas luego se disipa, y la muchedumbre lanza un hurra prolongado en honor de la emperatriz, que aparece despojada del velo que la cubría.

Aquí comienza la serie de discursos oficiales propios de tales actos, y una vez concluidos, el cortejo se pone otra vez en marcha hacia la casa del gobierno, donde se inauguran en el salon principal los retratos del emperador y de la emperatriz regalados por SS. MM.

A las dos, banquete de doscientos cubiertos. Por la noche la llanura del Fuerte de Francia ofrecía



INAUGURACION DE LA ESTATUA DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA EN LA PLAZA DEL FUERTE-DE-FRANCIA EN LA MARTINICA.

uno de los espectáculos mas singulares y mas animados que pueden verse. Se hallaba brillantemente iluminada, y el resplandor alumbraba los bailes mas desordenados. Las alamedas eran una feria y estaban atestadas de gente. En fin, la alegría pública habia llegado al colmo.

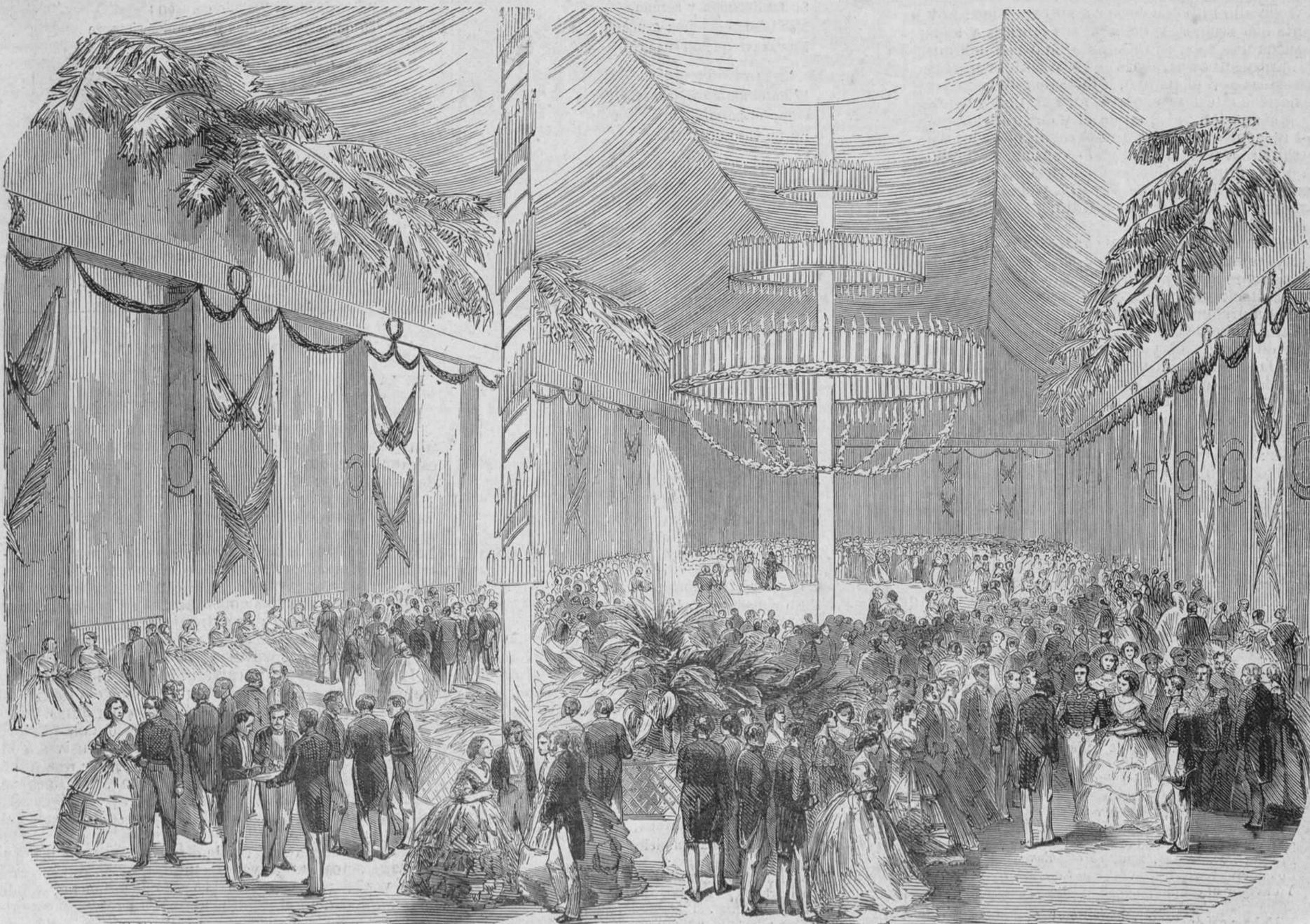
De repente se alzaron los cohetes en el aire, era el principio de los fuegos artificiales, que concluyeron

con un soberbio ramillete de fuego lanzado desde el torreón del fuerte de San Luis. Su efecto fué prodigioso, pero costó la vida á tres personas.

La muchedumbre se conmovió un instante con esta desgracia; pero ¿qué importan las víctimas? Las negras se agitan convulsivamente al resplandor de las antorchas; las que no bailan acompañan con la voz á los tocadores de tan-tan que no cesan un solo momento.

El 30 continuacion de la feria, de los juegos y las iluminaciones con la misma concurrencia; las danzas mas desenfrenadas que nunca.

Por la noche gran baile en la casa de gobierno. Por último el 31 hubo una exposicion de los productos criollos; bonitas maderas, frutas, cacao y cafés. — La muchedumbre habia disminuido ya considerablemente. X.



BAILE DADO EN LA MARTINICA CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE LA ESTATUA DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA.



ARCO DE TRIUNFO ELEVADO POR EL TRIBUNAL DE COMERCIO DE BURDEOS ENFRENTA DE LA BOLSA.

Recepcion

DEL EMPERADOR Y DE LA
EMPERATRIZ

EN BURDEOS.

El emperador y la emperatriz llegaron el 10 á Burdeos de vuelta de Biarritz, y la ciudad habia hecho grandes preparativos para dar á la entrada de SS. MM. el carácter de una imponente solemnidad. Las autoridades de Burdeos habian ido al embarcadero del ferro-carril del Mediodia para presentar sus homenajes á SS. MM. El mariscal Niel, el general Fleury y el general Tartas, comandante de la division militar, con un crecido número de personajes se hallaban en el camino de hierro. El emperador estrechó la mano al mariscal y subió al coche con la emperatriz. En otro coche iba el príncipe imperial con una de sus ayas, y cerraba el cortejo un pi-



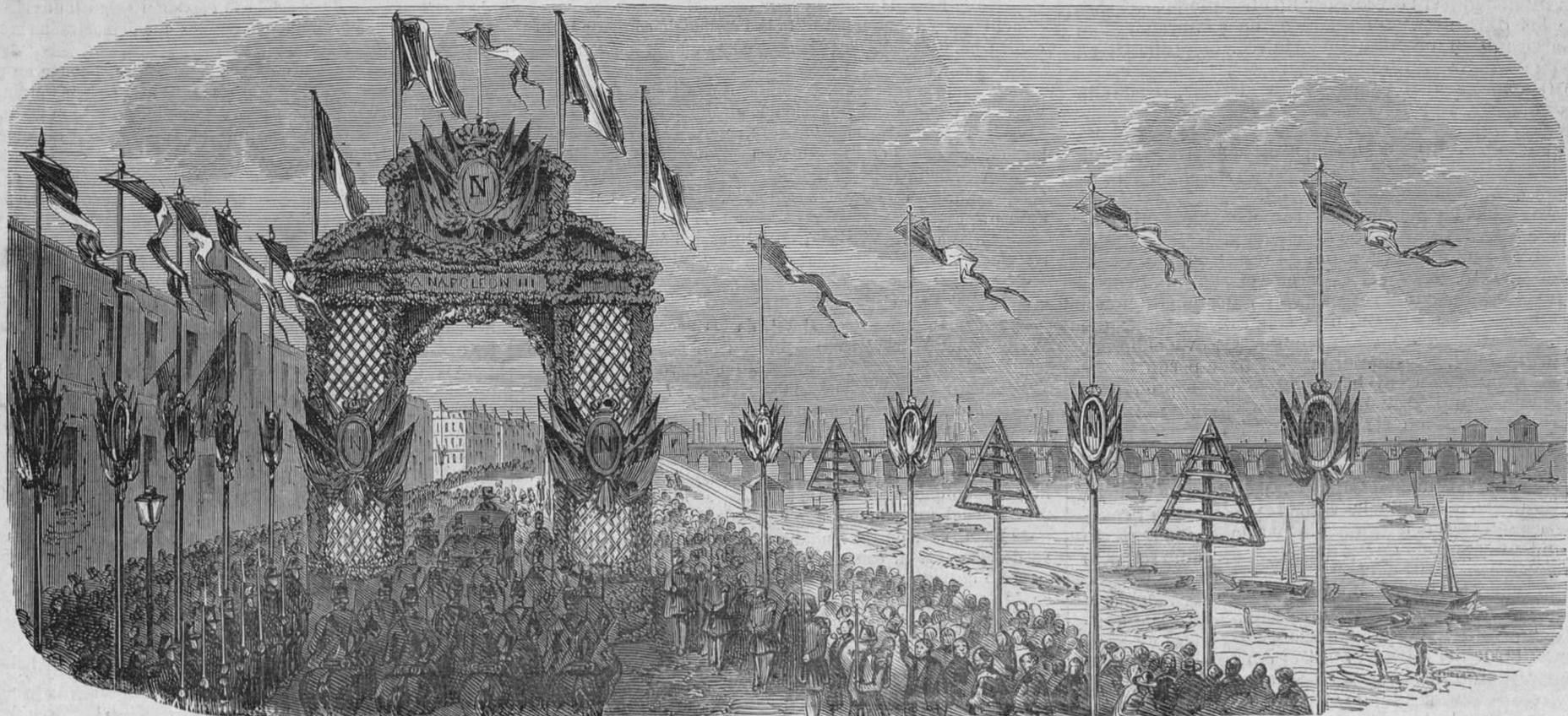
ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN LOS FOSOS DE LA INTENDENCIA.

quete de los cien guardias.

El cortejo llegó á las casas consistoriales, donde Sus Majestades se apearon. La autoridad municipal habia desplegado una gran magnificencia; todo el palacio estaba brillantemente adornado, y en los aposentos destinados á la familia imperial, habian reunido entre los detalles de un lujo grandioso, preciosas reliquias históricas de Napoleon I que interesaron vivamente á SS. MM.

El emperador, la emperatriz y el príncipe imperial se retiraron un momento á sus habitaciones. A las siete principiò la comida. Entre los convidados estaban el cardenal Donnet, el mariscal Niel, el presidente del tribunal imperial de Burdeos, el prefecto del Gironda, el general Tartas, y algunos senadores y miembros del Cuerpo legislativo.

La ciudad estaba brillantemente iluminada.



LLEGADA DE LA FAMILIA IMPERIAL Á BURDEOS EL 10 DE OCTUBRE DE 1859.

El 11 el emperador recibió en la sala de Honor de las casas consistoriales á los funcionarios públicos y á un crecido número de personas. Como documentos históricos insertaremos á continuación el discurso del cardenal arzobispo de Burdeos y la respuesta de S. M.

Hé aquí en qué términos se expresó el cardenal:

« Señor :

» El clero de esta diócesis, por el órgano de su arzobispo, tiene la dicha de reiterar á V. M. el sincero homenaje de su respeto y adhesión. Con orgullo enteramente francés contempla al monarca cuya valerosa espada ha elevado tan alta la gloria de nuestro país, considera venturoso al saludar á la madre del príncipe imperial y á la noble soberana, que sabe unir tan bien la firmeza de alma á la bondad del corazón, y que durante días difíciles ha soportado tan virilmente la solitud de los negocios públicos.

» Señor, cuando hace ocho años la ciudad de Burdeos os hacía una acogida tan llena de entusiasmo, las bóvedas de nuestra antigua basílica se conmovían con las aclamaciones de la muchedumbre; allí estábamos nosotros, mis clérigos y yo, asistiendo con alegría á lo que nos parecía como el bautismo del nuevo imperio. Entonces rogamos por aquel que había puesto un dique á las olas cada vez más embravecidas de las revoluciones, que había asegurado en la frente de la Iglesia y del sacerdocio la aureola de honor que se le quería arrebatar, y que había inaugurado sus grandes destinos devolviendo al vicario de Jesucristo su ciudad, su pueblo y la integridad de su poder temporal.

» Hoy rogamos aun, Señor, si posible es, con mayor fervor, á fin de que Dios os suministre los medios, como os ha dado la voluntad, para permanecer fiel á la política cristiana que hizo bendecir vuestro nombre, y es quizás el secreto de la prosperidad y el manantial de las glorias de vuestro reinado.

» Rogamos con una confianza que se obstina, con una esperanza que no han podido debilitar sucesos deplorables y sacrílegas violencias; y el motivo de esta esperanza cuya realización parece hoy tan difícil, después de Dios, sois vos, Señor, vos que habeis sido y queréis ser todavía el hijo primogénito de la Iglesia, vos que habeis dicho estas palabras memorables: « La soberanía temporal del jefe venerable de la Iglesia está íntimamente ligada al brillo del catolicismo, así como á la libertad é independencia de la Italia; » bello pensamiento, conforme con los sentimientos que profesaba el jefe augusto de vuestra dinastía cuando decía del poder temporal de los papas: « Los siglos son los que han hecho eso, y lo han hecho bien. »

» Ayer, cuando S. M. puso por vez primera los pies en la graciosa ciudad que ha surgido como por encanto en una playa en otro tiempo solitaria; cuando se vio arrodillado en un santuario aun no acabado, asilo bendecido cerrado á los rumores del mundo y abierto del lado del cielo para recibir los rocíos que de él descienden, á todos parecía que la Matrona Inmaculada de estos lugares os amparaba, así como á vuestra augusta compañera y á vuestro hijo muy querido, con su maternal protección. Vos la correspondereis y satisfareis la deuda de vuestra gratitud preparando un triunfo á su Hijo en la persona de su vicario. Este triunfo es digno de vos, Señor, y pondrá término á las ansiedades del mundo católico, que lo saludará con júbilo. »

RESPUESTA DE S. M.

« Doy las gracias á Vuestra Eminencia por los sentimientos que acaba de expresarme. Hace justicia á mis intenciones sin desconocer no obstante los estorbos que las dificultan, y me parece que comprende bien su alta misión procurando fortalecer la confianza en vez de difundir inútiles alarmas.

» Os doy las gracias porque me habeis recordado mis palabras, pues tengo la firme esperanza de que comenzará una nueva era de gloria para la Iglesia el día en que todo el mundo participe mi convicción de que el poder temporal del padre santo no se opone á la libertad é independencia de la Italia.

» No puedo entrar aquí en los pormenores que exigiría la grave cuestión que habeis tocado, y me limito á recordar que el gobierno que ha restablecido al padre santo en su trono no podría hacerle oír más que consejos inspirados por una respetuosa y sincera adhesión á sus intereses; pero le inquieta con razón el día, que no puede estar lejano, en que Roma sea evacuada por nuestras tropas, pues la Europa no puede permitir que la ocupación que dura hace diez años, se prolongue indefinidamente; y cuando nuestro ejército se retire, ¿qué dejará tras de sí? ¿la anarquía, el terror ó la paz? Cuestiones son estas cuya importancia á nadie se oculta. Pero creedlo bien, en la época en que vivimos es menester, en lugar de apelar á las pasiones ardientes, inquirir con calma la verdad, y pedir á la Providencia que ilumine á los pueblos y á los reyes respecto al prudente ejercicio de sus derechos, así como respecto á la extensión de sus deberes.

» No dudo que las oraciones de Vuestra Eminencia y las de su clero continuarán atrayendo sobre la emperatriz, mi hijo y yo las bendiciones del cielo. »

En la tarde del mismo día 11 el emperador y la emperatriz fueron á visitar la Exposición. El tribunal de Comercio de Burdeos había ofrecido á SS. MM. una excursión al Bec de Ambés, pero el mal tiempo impidió que se realizara, con gran sentimiento del emperador,

que deseaba conocer las famosas colinas del Medoc y las pintorescas márgenes del Garona.

Sus Majestades fueron convidadas al gran baile que se dió en el teatro, ricamente adornado al efecto. La municipalidad había convidado á todo lo principal de Burdeos, y la reunión presentaba un aspecto admirable. La sala del teatro estaba llena de gente. Las señoras ocupaban naturalmente los primeros puestos, y contribuían con la riqueza y la elegancia de sus prendidos al mayor brillo de esta soberbia fiesta.

Cuando entraron SS. MM. fueron aclamadas con entusiasmo, y estas demostraciones se repitieron varias veces durante la noche.

En suma, la recepción de Burdeos se ha distinguido por la unanimidad de los sentimientos de la población, y por la pompa extraordinaria que desplegó la ciudad para acoger dignamente á tan ilustres huéspedes. En varios puntos de la carrera por donde debían pasar Sus Majestades, se habían elevado arcos de triunfo. Solo fué de sentir que el tiempo no favoreciera un poco más las grandes fiestas de Burdeos.

X.

Revista de Paris.

Para apreciar con conocimiento de causa lo que valen las instituciones de un pueblo extranjero no hay como trasladarse á él, y entonces suele descubrirse que lo que más admiramos desde lejos está sujeto á muchos inconvenientes, si bien se hallan á veces cosas en que no habíamos parado nuestra atención y que serían dignas de imitarse en todos los países. «Aun cuando mis viajes no me hubieran servido más que para conocer los defectos de los demás pueblos, dice lord Byron, estaría muy satisfecho de haberlos emprendido.» Ignoramos si se contentaría con esta satisfacción el héroe de la aventura siguiente:

Un joven francés entusiasta de las instituciones inglesas, dice M. H. de Audigier en su crónica parisiense, se había decidido á abandonar los miasmas impuros de su nación para ir á respirar el aire de la libre Inglaterra.

Tomada esta resolución, levantó su casa y se marchó con armas y bagajes, bien determinado á hacerse inglés, puesto que la Inglaterra le parecía el único rincón del mundo donde se puede vivir dignamente.

— Al fin seré dichoso, se decía nuestro emigrado voluntario, viviendo en el país de las leyes, de la familia, de la propiedad y de la libertad individual. Dios ha querido inspirarme este gran pensamiento que me lleva á Inglaterra.

Apenas había desembarcado, un legista le dió á conocer lo que ignoraba.

— Sabrá Vd., le dijo, que en el territorio hospitalario de la libre Inglaterra, ningún extranjero puede poseer bienes raíces, á menos de naturalizarse.

— Pues señor, no lo sabía; ¿y cómo se entiende la naturalización?

— Hay dos clases: 1ª La naturalización completa que concede por real cédula todos los derechos de ciudadano inglés. Pero cuesta dinero.

— ¿Será poco?

— Mil libras esterlinas.

— ¡Mil libras!

— Sí, señor; porque hay que pagar la ordenanza de la Cámara de los llores, que se dignará ocuparse de Vd.; y por otra parte ¿cómo se ha de acordar el honor de la naturalización completa á un pobre diablo que no tenga en su bolsillo cinco mil pesos fuertes?

— Es mucho. Esta primera clase de naturalización no me conviene por mi escasez de fortuna.

— Sin embargo, debe Vd. pensar en los privilegios y prerrogativas que se le otorgan á Vd.

— No le hace, la suma es muy crecida.

— Piense Vd. que tendrá Vd. la facultad de comprar bienes con su dinero, y de conservarlos como una propiedad libre.

— Ya entiendo.

— Y además podrá Vd. transmitirlos á sus descendientes de varón en varón hasta la consumación de los siglos.

— La perspectiva es seductora, pero repito que cuesta mucho. Hablemos de la segunda clase de naturalización.

— La segunda se llama «denización» y se otorga por cartas de naturaleza de orden secundario, exclamó el legista con desden.

— Que sean secundarias ó no, me es indiferente; ¿cuánto cuestan?

— Nada.

— Esas me conciernen.

— Entendámonos; nada si Vd. da los pasos necesarios en White Hall. Si encarga Vd. de ellos á un solicitador, entonces tendrá Vd. que gastar tres ó cuatro guineas.

— Bueno; ¿y cuáles serán mis privilegios?

— Podrá Vd. poseer un *leasehold*.

— ¿Cómo dice Vd.?

— Un *leasehold* es una propiedad en arriendo; se paga un alquiler determinado por el señor ó propietario del terreno. El arriendo que puede ser de 99 años, se renueva si se quiere. Al fin del arriendo hay que volver la finca en buen estado.

— Vaya, es lo que se llamaba enfiteusis, cosa que creía yo ya desconocida en este siglo.

— No obstante, si tiene Vd. empeño en poseer una finca en Inglaterra le indicaré á Vd. un medio; compre Vd. una propiedad bajo el nombre de un tercero que llamará Vd. «tutor de la propiedad», sin cuyo consentimiento no podrá vender ni cambiar la finca. Puede servir de tercero una mujer, pero ha de ser inglesa; cátese Vd. pues con una inglesa.

— Veremos, veremos.

— Ahora debo advertir á Vd. que la mujer, aunque sea inglesa, no puede ser por sí misma tutora de la propiedad.....

— Entonces...

— Debe tomar para defender sus bienes uno ó dos tutores.

— Veamos si comprendo; el marido extranjero debe ponerse bajo la tutela de su mujer tomando de ella la nacionalidad, y luego la mujer tiene que acogerse á la tutela de un tercero.

— Así es.

— La combinación me parece ingeniosa. Pero gracias á todas estas formalidades, podré alcanzar yo un pasaporte inglés. Confieso que es el objeto de todas mis ambiciones.

— No, señor; en otro tiempo la «denización» daba derecho al pasaporte inglés; en el día para obtenerle se necesitan las cartas de naturaleza otorgadas por la Cámara de los llores. Así lo ha querido lord Palmerston.

— Vuestro sistema de tutoría de la propiedad es muy complicado. ¿No habría otra cosa más sencilla?

— Sí, señor; en vez de casarse Vd. con una inglesa que sea la tutora de sus bienes, cátese Vd. con una inglesa que posea bienes.

— Eso varía, gracias por el consejo.

Y el joven francés sin hacer otros descubrimientos relativos á las instituciones y á las costumbres de la libre Inglaterra, se volvió á Paris, donde se encuentra hoy curado de su entusiasmo por las cosas inglesas.

Esta semana ha circulado la noticia de que al fin se va á firmar el decreto para la construcción de un gran teatro de la ópera. El sitio elegido es uno de los puntos más céntricos de la capital, en la esquina de la Chaussée d'Antin, donde se formará una plaza á cuyo frente figurará el teatro que ha de ser uno de los más grandes y lujosos del universo. Se ha calculado que su construcción costará unos ocho millones de francos, por el crecido número de casas que se deben comprar para abrir la plaza. Pagarán su costo por mitad la villa y el Estado.

Tiempo era ya de que se pensara en dotar á la capital de la Francia de un teatro digno de esta gran población que tanto abunda en grandes monumentos, y cuyos veinte y dos teatros son otros tantos modelos de mezquindad por la estrechez de las localidades. No hay extranjero que no se queje de este inconveniente con sobrada razón, pues en todas las capitales del mundo hay teatros que ofrecen más comodidad á los espectadores, sin contar que hay muchos más lujosos y de aspecto más brillante que los teatros parisienses.

Dos años se necesitarán para la construcción de la obra; veremos si en este tiempo la empresa se procura igualmente otras compañías de canto y de baile, mas en armonía tambien con lo que debe exigir el público del que se tiene por el primer teatro de ópera y de baile de Paris.

La Grande Opera monopoliza estos dos géneros: el canto y la danza. En el primer género, le faltan casi siempre las grandes celebridades de la época; en el baile ha tenido por el contrario cuantos artistas se han distinguido desde muy antiguo, y si en el día carece de ellos, es porque parece haberse concluido la raza de las Taglioni, las Fanny Essler y la Carlota Grisi.

Volvamos la vista hácia la historia de las bailarinas de la Opera de Paris, para lo cual tendremos presentes varios artículos sobre la materia publicados últimamente en la «Gaceta y Revista de teatros.» Trazar la historia del arte desde principios de este siglo, será hacer resaltar mas y mas su actual decadencia.

En 1812 la Grande Opera en la «Jerusalén libertada» de Baour-Lormian, música de Persuis, presentaba estas riquezas coreográficas; «La noble Clotilde, la hechicera Bigottini, la Gardel, una de las mujeres más graciosas que han salido á las tablas; Victoria Saulnier, que se distinguía entre todas por su hermosura; la Fanny, cuyos pasos tenían una precisión admirada por todo el mundo; la Courtin, bailarina ligera, y la Gosselin, la que había de ser la más célebre entre todas.»

Esto dice M. Geoffroy, un crítico de la época.

La Gosselin hizo una revolución en la Opera. Tuvo partidarios frenéticos que no solo la elevaban sobre todas las bailarinas, sino que se enfadaban con los que demostraban menos pasión que ellos á su idolo.

Geoffroy era el blanco de sus acusaciones, porque en presencia de una joven gloria no olvidaba á las glorias antiguas.

Sin intimidarse el viejo aristarco se defendía con un ardor juvenil, aunque no por eso negaba la perfección del arte en la nueva bailarina.

Tales eran las luchas de entonces cuando la crítica y el público eran igualmente severos. Bueno es recordarlas á los artistas del día acostumbrados á los aplausos frenéticos y á las apreciaciones.

El personal femenino del baile en 1812, según el Almanaque imperial se componía de las personas siguientes: señoras Clotilde, Gardel, Chevigny, Saulnier, Bigottini, Delisle, Felicité, Victoire Saulnier, Gaillet, Rivière, Masrelie, Fanny Bias, Athalie, Gosselin, Laumer.

La Gosselin estaba la penúltima y querían colocarla en primer término. Geoffroy clamaba contra esta ingratitud del público.

En 1815 las bailarinas eran diez y siete, á saber: señoras Clotilde, Gardel, Chevigny, Bigottini, Gosselin mayor, Delisle, Saulnier, Courtin, Fanny Bias, Felicité, Victoire Saulnier, Gaillet, Masrelie menor, Elie, Marinette, Aimée, y Gosselin menor.

El personal había cambiado poco y la Gosselin estaba en decadencia.

En 1817 el Almanaque real solo trae los nombres de doce bailarinas. Son los mismos que en 1815, exceptuando los de las señoras Gardel, Chevigny, Saulnier, Felicité y Gosselin, que se habían retirado.

En 1830 ya no queda ninguna de las antiguas. Las bailarinas son las señoras Noblet, Legallois, Montessu, Julia, Taglioni, Elie, Vigneron, Baron, Dupont, Dupuis, Fourcisi, Athalie, Leroux, Perceval, Brocard segunda, Luisa, Roland y Ambroisine.

Aquí hay muchos nombres que son desconocidos en el día. De algunos se conserva memoria, pero el de la Taglioni los eclipsa á todos.

Nombrar á la Taglioni es recordar la gracia y la perfección, la ligereza y la decencia en el baile, dice un crítico que fué testigo de sus triunfos. La Taglioni, añade, había poetizado la danza, y logró que alcanzaran gran éxito muchos bailes, que eran obras de un mérito inferior. Era la providencia de la Opera, y fué un triste día para el teatro, aquel en que el director rompió su ajuste.

Es verdad que el público de entonces no ansiaba mas que cosas nuevas. La empresa creyó agrandar al público privándose de la Taglioni, y tomando en su lugar á la Fanny Essler.

Aquí debemos hacernos cargo de la división que establecen en la coreografía los inteligentes; hay el baile propiamente dicho, y la pantomima ó expresión por los ademanes.

La Fanny Essler, según los críticos de la época, tenía un gran talento, pero era el de la expresión de la pantomima en lugar del encanto del baile. Carecía de ligereza, pero su rostro movable y la presteza de sus ademanes eran muy propios para la interpretación de las pasiones, y en todos sus papeles ha dejado tradiciones que se siguen en la Opera.

Después de la Fanny Essler vino Carlota Grisi, y á esta nos ha sido dado conocerla aunque en sus últimos tiempos.

El nombre de Grisi era ya célebre en el canto, y la bailarina acabó de ilustrarle. Puede decirse que la Carlota Grisi era el baile encarnado; había nacido para bailar y bailaba por gusto y sin cansarse. No es posible mas ligereza ni mas gracia, y su fisonomía de una expresión risueña y suave, hechizaba como la perfección de su escuela.

Pero la estrella de las bailarinas dura poco tiempo; la Cerrito se presentó á recoger el cetro que debió dejar Carlota Grisi, aunque no logró eclipsarla completamente.

No nos hacemos cargo de las bailarinas subalternas, pero no obstante, debemos citar en segundo término á la Demislatre y á la Fuoco.

¿Quién ocupa en el día el puesto que han dejado vacante en la Opera las famosas bailarinas que acabamos de citar? La Ferrari, de brillante figura; la Rosatti, que es una imitadora de la Fanny Essler, y Emma Livry, que sigue la escuela de la Taglioni. — En suma, ningún talento original y de primer orden.

MARIANO URRABIETA.

Sacrificio y recompensa.

LEYENDA HISTÓRICA

traducida del francés

POR DON BRUNO DEL BARCO Y DE CARRANZA.

I.

Estamos en la época del terror de la revolución francesa.

Una joven, cuyo traje mostraba ser aldeana, bien acomodada de la baja Normandía, camina macilenta por uno de los arrabales mas populosos de Paris.

Turbada en extremo, avanza con lentitud, mira con curiosidad á todas las ventanas como si esperase ver asomarse en algunas el objeto que con ansiedad buscaba.

Se detiene de repente, saca de la cartera un papel, le lee, le releo, medita un breve rato, y parte con velocidad hasta llegar á la puerta del campo.

¡Todo inútil! El sobreescrito de la nota decía: *en el arrabal...* y el arrabal concluía allí.

Después de recorrerle de arriba abajo por espacio de una hora, sentóse fatigada, ó mas bien se dejó caer sobre un banco de piedra, exclamando con desesperado acento: « ¡Oh Dios mio, yo que he venido desde tan lejos, para buscarla y no parece! »

Inmóvil y absorta continuó largo rato, hasta que algunas vecinas curiosas se acercaron para ver un elegante aunque sencillo traje de aldeana, y mas que todo la peregrina hermosura de su rostro.

Jamás se encontró en aquel arrabal donde la miseria pone los rostros pálidos y las miradas sombrías, tanta frescura en las mejillas, tanta brillantez en los ojos, tanto candor y tanto donaire reunidos como en el risueño semblante de aquella joven, que apenas contaba diez y siete años, que era bella y lozana como la flor de la primavera.

Dos hombres mal encarados sentáronse cerca de ella en el extremo del mismo banco.

— ¿Es esto para la tarde? dijo el primero en voz baja, cuyo aspecto revelaba ser uno de los mas feroces descamisados del arrabal.

— Si; contesto el otro, guiñando el ojo con siniestra expresión, espérame con tus hombres de la puerta..... ya sabes; en este barrio, número.....

— Número 373, le interrumpió el otro; mira no te engañes.

— No; replicó el primero sacando de la faltriquera un papel grasiento. No: hé aquí la orden..... Está bien: ¿lo ves? la ciudadana Boger, número 373.

Al oír este nombre, se levantó la joven como impedida por un resorte.

Los descamisados sin apercibirse del movimiento, se dirigieron pausadamente á la taberna contigua.

Los grandes ojos azules de la joven chispeaban de alegría; la sonrisa del triunfo hizo retemblar sus labios de puro gozo, y con acento de profunda gratitud murmuró:

— ¡Gracias, Dios mio! En el momento en que os pedía dirigiérais mis pasos, me habeis contestado; la voz de aquellos hombres os ha obedecido, marcándome la senda que debo seguir.

Recogió en seguida la talma de viaje sobre su seno palpitante y volvió á descender con paso precipitado por el arrabal.

Poco tardó en llegar al número 373. Apenas tocó la puerta, penetró sin vacilar en el oscuro zaguán de la casa, trepó con ansia hasta el quinto piso, buscó á tientas en la pared una portezuela casi invisible, y dió tres golpes con igual intención.

II.

Dentro de la estancia, una joven débil, pálida, y tan tímida, que al menor ruido temblaba, como la hoja del árbol se agita con la brisa mas liviana, continuaba su labor, doblando la cabeza bajo el peso de una amarga pesadumbre.

¿Será una simple costurera de las muchas que en los barrios de Paris consumen huyendo del vicio su vista y su florida juventud, trabajando noche y día en una oscura boardilla para ganarse un pedazo de pan? De ninguna manera.

La elegancia aristocrática que fácilmente se descubría bajo los pliegues de su traje plebeyo; el profundo dolor que en sus delicadas facciones se pintaba, y ciertos monosílabos que se escapaban bañados en dorosos suspiros, daban á entender claramente que aquella pobre joven pertenecía á una de las casas mas antiguas de la nobleza de Francia. Paloma sin hiel arrancada del nido, palpataba viendo cernerse en el nublado cielo de su porvenir el buitre sangriento, cuyas garras amenazaban desgarrar su albo pecho.

Esta pretendida obrera era la hija única del conde de Boger, cuya cabeza hacia un mes escaso que había rodado sobre la plataforma de la guillotina.

La pobre Emilia quedó sola y huérfana en el mundo, perdida como la nave sin timón y sin piloto, naufraga en el inmenso mar que se llama Paris, tan tempestuoso entonces.

Sin recursos de ningún género, buscó la vida en el trabajo. Oculta en una humilde boardilla esperaba que la Providencia la deparase al un día el medio de salir de la capital, anegada en sangre, y pasar la frontera de su patria para encontrar un asilo seguro donde llorar su desgracia entre extranjeras gentes.

Dos personas podían únicamente venir á socorrerla: el vizconde Erman de Brecourt, en quien había depositado su confianza y de quien mas pronto esperaba su salvación. Pero ¿podía fiar con seguridad en su protección?

Una vaga promesa de matrimonio la unia al vizconde desde la infancia; pero desde entonces habían transcurrido quince años. Durante los primeros de su niñez los futuros esposos vivieron en la mas simpática armonía, triscando y saltando á manera de los corderillos sobre el verde césped al pié del castillo de sus comunes ascendientes. Los infortunios que sobrevinieron á la familia de Brecourt fueron causa de que el padre de Erman que debía haberse establecido en Bretaña, no hubiese vuelto á ver á la de Emilia; pero continuaban renovándose en cada carta por decirlo así, los desposorios como prenda segura de la íntima amistad que las unia.

La última carta vino á imprimir al futuro contrato matrimonial cierto carácter sagrado, por efecto de las circunstancias.

— Al marchar al suplicio escribió el padre de Emilia al vizconde Erman en estos términos:

« Os lego mi hija, que os espera en Paris. Salid de la Vandée, corred en busca de vuestra esposa, y partid con ella á Alemania. Adios, hijo mio. En el momento de morir, desde el patíbulo bendeciré á mis dos hijos. »

Al día siguiente la carta llegó á su destino. Pasó después largo tiempo sin que Emilia obtuviera respuesta: razón poderosísima á primera vista para que se creyese olvidada de Erman.

Tal era la principal esperanza de la huérfana.

El segundo medio de salvación le esperaba de María Gervil, sobrina de un antiguo arrendatario del condado de Boger; su hermana de leche y amiga de la niñez.

No habiendo tenido noticias de Erman, la hija del conde escribió á la sobrina del aldeano.

Después de pintar su triste situación, la carta concluía de esta suerte:

« Tengo miedo, María. — Necesito salir de aquí. Pide dinero á tu tío. Busca un medio para enviármelo. En tí pongo toda mi esperanza querida María, pero cuida que no tarde tu respuesta. Te lo suplico, porque si viviera mas tiempo en esta zozobra..... te lo aseguro temblando, moriré de espanto. »

Hacia una semana que la joven había puesto en el correo esta carta que era un llamamiento á la amistad, último recurso que en su deconsoladora situación le quedaba.

Emilia contaba las horas, los minutos, siguiendo con la imaginación por el espacio, el camino que llevaba su carta. A los dos días la había visto llegar á Boger..... María rasga el sobre, la lee, y corre desalada en busca de su tío.

Suponiendo que no le encontrase al instante, ó que el tío no contara con fondos disponibles, ó bien que se resistiese á desprenderse del dinero, todo lo mas que pudiera retardarse la contestación era un día.

Trascurrirá esta noche, decía para sí Emilia, pasado mañana.... ¡ah! pasado mañana estoy segura..... — María tendrá dinero..... si lo tendrá, lo veo, pero ¿con quién podrá enviármelo? ¿cómo se compondrá? — No le sé; pero ella encontrará un medio; tengo completa seguridad..... Sale el dinero, ¡pero el dinero tarda en venir mas tiempo que una carta! Cincuenta leguas próximamente... dos días, todo lo mas... dos días y dos noches; ¡qué tristeza! pero.... no; llegará pasado mañana; esperaré.....

El término de su esperanza había llegado. Despertóse Emilia al amanecer, diciendo para su interior: esta misma mañana vendrá.

Pero; ¡ay! la mañana pasó, y el dinero no llegaba. El día tocaba á su término. Era tal la impaciencia y la desesperación de la pobre huérfana, que tenía fiebre. Con razón decía en su carta que iba á morir.

De repente llaman á la puerta..... tres golpes..... es la señal convenida..... ¿será ilusión?

Emilia salta del lecho, corre á la puerta; abre y en el umbral de la boardilla se dejan caer las dos hermanas, la una en los brazos de la otra.

III.

Al cabo de una hora, sin que las dos jóvenes volvieran en su acuerdo de su propia emoción, recobraron el sentido.

Arrodillándose luego María á los piés de Emilia, estrechábala ambas manos y la abrazaba á cada momento con nueva efusión.

— ¿Sois vos, la decía, mi querida y buena ama? ¿Quién había de reconoceros bajo esa grosera pañoleta, bajo los toscos pliegues de ese vestido burdo? Todo eso estaría muy bien en mí; ¡pero en vos! ¡ah! ¡sostenedme, señorita, se me parte el corazón viéndoos sumida en tanta miseria!... Ese rostro pálido, tan sonrosado y alegre en otro tiempo, ¡ah! ¡cómo habeis debido sufrir, querida condesa!

— Llámame tu hermana, nada mas que tu hermana, repetía Emilia incesantemente. Hoy somos iguales ante la ley, mi pobre niña; y aparte de esto nosotras lo hemos sido siempre en nuestro corazón.

— Callad, exclamó la aldeana; que otros olviden lo pasado, no importa. Yo no podré olvidarlo; ¡vos me habeis hecho tantos favores, señorita! ¡habeis sido tan buena para mí!

— ¿No hemos tenido las dos la misma nodriza, la misma madre?

— Si; pero esa no era razón suficiente para que le regaláseis vuestra granja tan pronto como tuvisteis edad para hacer la donación. Y mas tarde, cuando la casa se quemó, quedaron los aperos de labranza reducidos á cenizas, y viuda luego mi pobre madre, ¿quién acudió constantemente, quién acudió en su socorro? En cuanto á mí, ¿quién me llevó al castillo? ¿quién partió conmigo todos sus goces como si fuese una verdadera hermana? ¿quién hizo que la rústica aldeana pueda hoy competir con su señora por su finura y discreción; pero quien no será nunca mas que su humilde criada? Desde que vuestra carta estubo en mi poder, parecía decirme el corazón: « marcha, marcha. » Aquella carta no era una súplica; era para mí una orden. Vos pediais únicamente dinero; eso no bastaba; necesitábais mas: necesitábais consuelo, obediencia, amistad, y... héme aquí.

— ¿Sola?

— ¡Ah, Dios mio! sí... sola. Yo no soy una gran señora; soy una simple aldeana. El pueblo no me causa espanto.

— ¿Pero cómo ha podido consentir Gerbil...

— No le he pedido permiso.

— ¿Cómo es eso?

— Sin duda no me lo hubiera negado; ¡pero es tan miedoso mi buen tío! Venir á vuestro lado desde tan lejos es cosa que le hubiera causado grande pesar... Cualquier obstáculo le apesadumbra. Estoy segura que el pobre hombre no ha dormido en toda la semana. Pero estoy tranquila con haberle dado la disculpa de que me iba á pasar una semana á Ruan con mis primas. La víspera de mi marcha, bajé calladito á la bodega, y descubriendo cierto escondrijo que mi tío no podía presumir fuese de nadie conocido, tomé cuanto dinero había oculto, y lo coloqué en el bolsillo de viaje.

— ¡Desgraciada! ¿y si Gerbil se apercibe de ello?

— Creerá que se lo han robado, se pondrá colérico y... nada mas. Pero si sabe la verdad... se morirá de miedo.

— Yo no sé si debo aceptar...

— Señorita, todo lo que tenemos nos ha venido de vos; os pertenece. Aparte de esto, mi tío no es un avaro de esos que continuamente pasan revista á sus tesoros. Tiene la felicidad de no cuidarse mucho del escondrijo. En cuanto vuelva á la aldea se lo contaré todo, y no solamente no me reñirá, sino que me agradecerá mucho la buena acción; sobre todo, habiéndole evitado por medio de un sencillo engaño, el temor y los sobresaltos, que á saberlo desde el principio hubiera sufrido.

— ¡Ay, María! ¡ah! ¡mi querida María!

— No es todo, repuso esta con una sonrisa encantadora. Lejos de llevaros á Alemania, os acompañaré, si quereis, á nuestro país. Tengo esperanzas de que podreis estableceros en Normandía, en el mismo Boger, en vuestra misma casa.

— ¿Olvidas que los verdugos que han matado á mi padre...?

— En vos solo verán una niña inocente y amable.



BAILE DADO Á SS. MM. POR LA CIUDAD DE BURBES EN EL TEATRO, EL 11 DE OCTUBRE DE 1859

COLECCIÓN DE FERREIRA

— Escucha y sabrás la verdad por completo, hermana mía. Durante la prision del conde Boger, serví algunas veces de mensajera á sus compañeros de infortunio.

— ¡Imprudente!

— ¿Sabía yo acaso de lo que se trataba?

— En fin... ¡cómo ha de ser!

— Todo se ha descubierto; no me cabe la menor duda.

— Si tengo tantos deseos de huir, es porque una terrible acusacion pende sobre mi cabeza, porque se ha dado contra mí la orden de prision.

Al oír esta palabra, María se levantó de repente; acababa de acordarse de los dos hombres del banco de piedra. Aquellos habian dicho la verdad. El papel en que estaban escritas las señas y el nombre, era una orden del tribunal revolucionario.

— ¿Qué te ocurre? preguntó Emilia.

— ¡Era una orden! dijo sencillamente la aldeana, que no comprendía aun toda la gravedad de su situacion; pero que divisaba á lo lejos el peligro por instinto.

Entonces Emilia se la describió con breves palabras, y María á su vez contó lo que habia visto y oído. En aquel instante se apoderó de Emilia un terror indefinible, se puso atrozmente pálida, su mirada comenzó á extraviarse, y todo su cuerpo temblaba.

— Esta tarde... deben venir... ¡estoy perdida!

— ¿No me encuentro yo aquí á vuestro lado? dijo María.

— ¿Y qué podrás hacer tú contra ellos? ¡Infeliz niña!

— Salvarte, Emilia... para eso he venido. Huyamos...

— ¡Escucha! ¡escucha!

Un ruido de pasos se dejó sentir hácia la escalera; el rumor se aproximaba con rapidez. Una sacudida violenta sacó de quicio la puerta.

Inmóvil, de pié en medio de la boardilla, María teniendo en sus brazos á Emilia completamente desmayada, contemplaba su rostro con una profunda mirada de compasion.

Llamaron segunda vez.

Una inspiracion súbita hizo brillar los hermosos ojos de María.

— Bien hice en venir; exclamó con acento marcadamente conmovido.

Sublime como el genio de la redencion, sencilla y fuerte como la doncella de la Escritura, condujo apresuradamente á su hermana hácia un catre de madera blanca, la reclinó sobre las almohadas, cerró con prontitud las cortinas de la alcoba, y fuese á abrir la puerta.

— ¿La ciudadana Boger? preguntó el portador de la orden.

— Yo soy, contestó María.

IV.

Una multitud de presos de todas edades, sexos y condiciones, llenaban la gran sala de la cárcel formando aquí y acullá grupos mas ó menos numerosos, en los cuales la cólera, el abatimiento ó la desesperacion representaba cada cual su papel en tan terrible drama.

María sentada en un rincon profundamente dormida, soñaba con las dulzuras del campo. ¡Pobre niña! despertó y reflexionó. Habia entregado su vida por salvar la ajena... Comprendió la inmensidad del sacrificio, pero no se arrepentía de su heroica resolucion. Era preciso que una de las dos muriese; ó ella, ó su hermana de leche. Ella era mas robusta y esforzada: justo era que se sacrificase. Así pagaba con usura las deudas del pasado con la paga del reconocimiento. La jóven aldeana habia comprendido de una manera tan elevada la virtud de la abnegacion; tenia tanto entusiasmo por la familia de Boger, y sobre todo por Emilia, que la amaba como á una verdadera hermana.

En aquella época bullia en la cabeza de todos los jóvenes la santa exaltacion que hacia mártires. Morir por Emilia era muy bello, muy grande: era volar derecha á la gloria. María solo esperaba con ansia el momento de remontar su vuelo. La cabeza inclinada sobre el pecho palpitante, la vista vagarosa, perdida en el espacio, daba su último adiós al mundo enviando su postrimer recuerdo á aquella cuya tranquilidad aseguraba con su muerte, á su tío Gerbil, á sus jóvenes compañeras normandas, á su linda aldea oculta bajo los manzanos como el nido del ruiseñor, á su cuarto, á su ventana coronada siempre de rosas y madreselvas, á sus palomas favoritas, al traje nuevo que tenia preparado para las próximas fiestas de la aldea: á todo su porvenir risueño, como el arbol de la aurora; á todo su pasado puro como el cáliz de la azucena; á sus diez y siete primaveras, sueño dorado, del que ¡ay! ¡no podría despertar!

De rato en rato un hombre de aspecto feroz descorría los cerrojos de las puertas, entraba en el salon llamando en alta voz á aquel á quien llegaba su turno, ó al que iba en seguida con objeto de que se preparase y cobrase ánimo para sufrir el breve interrogatorio del tribunal revolucionario.

Llegó el instante fatal; una voz estridente gritó: « á continuation vendrá la ciudadana Emilia Boger. »

— Al momento, respondió María levantándose.

Apenas se puso en pié, un jóven conmovido por el nombre que acababa de pronunciar el esbirro, se precipitó hácia ella con la celeridad del rayo.

— ¿Sois vos á quien acaban de llamar? la dijo con profunda angustia; ¿sois vos la que habeis respondido

á este nombre? ¿No es verdad, señorita?... ¿Sois vos Emilia de Boger?

— Sí, señor; contestó María despues de una corta vacilacion. ¿Pero qué os interesa?... ..

— Yo soy el vizconde Erman de Brecourt.

— ¿Vos?

María que estaba enterada de las relaciones de su nueva familia con la del vizconde, lo comprendió todo.

— Cumpliendo la última voluntad de vuestro padre, respondió tristemente el jóven, he venido á Paris para buscar á mi prometida. Me han preso y condenado; pero aun me resta un dia. ¡Gracias, Señor, que me habeis permitido emplearle en cumplir mis deberes para con ella!

— Señor...

María estaba á punto de revelarlo todo.

— « La ciudadana Emilia Boger, » gritaron por segunda vez desde el otro extremo de la sala.

— Tomad mi mano, señorita, dijo el vizconde: sois mi prometida y reclamo el derecho de defenderos.

María no pudo hablar; pero siguió en silencio al vizconde. Algunos momentos despues comparecian ante el tribunal.

Entonces volvió á preguntarla su valeroso defensor si en efecto era ella Emilia de Boger.

Allí tuvo que hacerse María aun mas violencia que en el calabozo para contestar afirmativamente.

A cada pregunta de los jueces la ocurría la misma dificultad; pero negar quién era, prolongar de esta suerte los debates, era despertar nuevas sospechas y comprometer á Emilia. María no era de esas personas que agradecen á medias, y no se sacrifican por completo.

En menos de cinco minutos se dictó contra ella la orden de arresto y la sentencia de muerte.

En vano quiso Erman tomar la defensa de la que creía su esposa, ni ella misma queria escucharle.

Por fuerte que sea el corazon, por resuelto que se esté á morir, jamás se oye pronunciar este terrible fallo, y sobre todo á los diez y siete años de edad, sin caer al punto en un abatimiento muy profundo.

Silenciosa, y marchando abismada en una especie de letargo, llegó María al banco de donde apenas acababa de levantarse y se dejó caer sobre él.

A su lado se sentó el vizconde.

— Emilia, la dijo con voz enternecida: ¡valor! triste es morir cuando se muere solo; pero somos dos á morir, aun nos queda algun consuelo. Yo por mi parte lo siento ya. Antes de ahora, lo habeis visto, estaba triste, desesperado, hablaba á media voz, tenia miedo; pero providencialmente os he hallado al fin de la carrera de mi vida. Un mismo destino nos une; ¡valor! Ahora que tengo necesidad de alentaros, de sosteneros con el ejemplo, estoy sereno, me siento mas fuerte. Emilia, ¡morireis conmigo!... casi me creo feliz muriendo en vuestra compañía.

(Se concluirá.)

LA JOVEN DE TREPPI.

Sobre las alturas de los Apeninos, en el sitio en que separan la Toscana del Norte de los Estados de la Iglesia, hay una aldea aislada habitada por pastores y que se llama Treppi. Los senderos que á ella conducen son inaccesibles á todo carruaje. Mucho mas lejos, hácia el Sur el camino de posta da un largo rodeo para atravesar la montaña.

Apenas pasan por Treppi mas que los aldeanos que comercian con los pastores, de tiempo en tiempo un pintor, un viajero á pié que quiere evitar los caminos, y durante la noche los contrabandistas con sus mulas. Estos saben encontrar siempre la aldea solitaria donde paran un rato, por caminos mas escarpados todavía y que ellos solos conocen.

Era á mediados de octubre, y por ese tiempo y en tales alturas, las noches conservan aun una gran claridad; pero aquel dia habia hecho un calor sofocante, y una ligera niebla que se elevaba poco á poco de los barrancos, se extendía lentamente sobre las rocas velando sus formas pintorescas.

Podian ser las nueve de la noche. En las chozas bajas y dispersas que durante el dia quedan á la guarda de las mujeres mas ancianas y de los niños, se veian todavía algunas luces. En torno de las chimeneas sobre las cuales colgaban grandes calderas, dormian los pastores con la familia; los perros se hallaban extendidos sobre la ceniza. Alguna abuela cuyos ojos ya no conocian el sueño, sentada sobre un monton de pieles hilaba maquinalmente balbuceando una oracion, ó mecía el canastillo en donde dormía una criatura con sueño agitado.

El aire húmedo de las noches de otoño se introducía por las anchas grietas de las paredes. El humo de la leña que se apagaba rechazado por la niebla, volvía á entrar en la choza sin incomodar á la anciana, que al fin acababa por adormecerse tambien como podia con los ojos abiertos.

En una sola casa reinaba aun cierta animacion. Tenia esta un solo piso como las demás, pero las piedras estaban mas juntas, la puerta era mas alta y ancha, y en la vasta sala que formaba su pieza principal habia algunos camastros y un horno de piedra construido con solidez.

Delante de la puerta habia una porcion de caballos cargados; un mozo les quitaba los sacos de pienso que estaban vacíos, en tanto que seis ó siete hombres armados salian de la casa y adelantándose entre la niebla

volvian á echar las riendas á los caballos con mucha prisa. Unicamente un perro viejo tendido en el umbral les saludó á su marcha meneando la cola, y luego se levantó con trabajo y se volvió á la casa donde se veía todavía una lumbre brillante. Ante la lumbre estaba en pié su ama, mujer de un aspecto majestuoso, con el rostro vuelto hácia la llama, inmóvil y con los brazos colgando; cuando el perro se llegó á lamer su mano, ella se estremeció como si la despertaran de un sueño.

— Fuoco, le dijo, pobre animal; estás malo, anda á recogerte.

El perro dió un gemido, meneó la cola como dando gracias, y luego se fué á tender sobre la piel que le esperaba cerca de la lumbre.

Durante este tiempo habian entrado algunos criados que se colocaron en torno de la mesa y de la cazuela que los contrabandistas habian dejado medio vacía, pero que una moza acababa de llenar de nuevo; despues de lo cual cogió una cuchara y se sentó con los criados.

Mientras duró la cena no se oyó una palabra; la lumbre chispeaba; el perro gemía durmiendo, y el ama sentada sobre las piedras de la chimenea y sin tocar á la taza de polenta que la habian servido aparte, dejaba correr por la habitacion sus ojos distraídos.

Delante de la puerta la niebla formaba ya como una blanca pared, y la luna asomaba por detrás de las rocas.

Entonces se oyeron pasos de caballos por el camino.

— ¡Pietro! exclamó la jóven ama.

Un mozo se levantó de la mesa y salió corriendo.

El ruido de los pasos se acercaba. En breve un caballo se detuvo delante de la puerta, y por fin tres hombres aparecieron y entraron haciendo un corto saludo.

Pietro se acercó á la jóven que miraba la llama sin interesarse en lo que pasaba en su derredor, y la dijo:

— Son dos hombres de Porreta sin mercancías, que llevan por la montaña á un señor sin buen pasaporte.

— Nina, exclamó el ama.

Una criada anciana se levantó de la mesa y se acercó á la lumbre.

— Quieren comer algo, padrona, continuó el mozo; y además el señor desea quedarse aquí hasta mañana.

— Arregla paja en un cuarto.

Pietro hizo una señal con la cabeza y se volvió á sentar.

Los tres recién llegados se habian puesto á la mesa sin que los criados fijasen en ellos la atencion. Eran dos contrabandistas bien armados con la chaqueta al hombro y el sombrero calado hasta los ojos. Saludaron á todos como á gente de casa, y despues de haber cedido el mejor puesto al que guiaban, hicieron la señal de la cruz y principiaron á cenar con buen apetito.

El señor no comía. Despues de haber descubierto su ancha frente, se pasaba la mano por el pelo y miraba la habitacion y á las personas que se encontraban en ella.

En la pared leyó algunos versos piadosos trazados con carbon; vió en un rincon la imagen de la Madona con la lamparilla; al lado las gallinas en el gallinero, cuerdas de maiz que colgaban del techo, un vasar con cantarillas y botellas, montones de pieles y cestas de mimbre.

Por último, la jóven que estaba junto á la lumbre llamó su atencion. Su sombrío perfil se dibujaba hermoso y sereno sobre la llama roja y movediza; una profusion de trenzas negras caian sobre sus hombros, y sus manos entrelazadas descansaban en sus rodillas. No podia adivinar su edad, pero reconoció en su actitud que era la dueña de la casa.

— ¿Hay vino, padrona? preguntó por fin.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando la jóven se levantó como herida de un rayo y se quedó en pié derecha é inmóvil.

En el mismo instante el perro se despertó sobresaltado. Un gruñido feroz salió de su pecho oprimido, y el forastero vió de repente que le clavaban cuatro miradas brillantes.

— Pregunto si hay vino, repitió.

Pero no bien habia pronunciado estas palabras, cuando el perro con un furor inexplicable se tiró á él, y de la primera embestida le arrancó la capa. De nuevo se habria arrojado sobre él si no se lo hubiera impedido la voz imperiosa de su ama.

— Quietos, Fuoco, le dijo.

El perro se quedó clavado en medio del aposento con el pelo erizado y sin dejar de mirar al forastero.

— Enciérrale en la cuadra, Pietro añadió el ama á media voz.

Al decir esto seguía como petrificada en el mismo puesto, y tuvo que repetir su orden al ver que Pietro vacilaba, pues hacia muchos años que el perro pasaba la noche junto á la lumbre.

Los criados hablaban entre sí en voz baja. El perro obedeció de mala gana, y sus aullidos lúgubres se oyeron un rato exteriormente.

La moza habia sacado vino á una señal de su ama.

El forastero bebió, alargó la copa á sus compañeros, y se preguntó cuál podía ser la causa del tumulto que habia excitado sin querer.

Los criados uno detrás de otro dejaron su cuchara y salieron diciendo:

— Buenas noches, padrona.

Solo quedaban en la sala los tres viajeros, el ama y la criada anciana.

— El sol sale á las cuatro, dijo á media voz uno de los contrabandistas al forastero, y V. E. no necesita salir mas pronto para llegar temprano á Pistoya; además,

preciso es que el caballo tenga seis horas de reposo.

— Está bien, amigos míos, acostaos.

— ¿Despertaremos á V. E.?

— Sí, pero la Madona lo sabe, yo rara vez duermo seis horas seguidas. Buenas noches, Carlone; buenas noches, Giuseppe.

Los dos hombres saludaron con mucho respeto y se levantaron.

Uno de estos se acercó á la lumbre y dijo á la jóven:

— Padrona, tengo que saludaros de parte de Costanza de Bolonia, y pregunta si es aquí donde ha dejado su puñal.

— No, respondió ella con un tono seco é impaciente.

— Ya le dije yo que se lo habriais enviado, y además...

— Nina, exclamó el ama interrumpiéndole, enséñales el camino de su cuarto por si le han olvidado.

La criada se levantó.

— Quería deciros también, continuó el hombre con la mayor sangre fría y guiñando el ojo, que ese señor no repararía en el precio si le diérais una cama mas blanda que la nuestra. Y ahora, que la Madona os dé una buena noche, señora Fenicia.

Y se volvió hácia su compañero; entrambos se inclinaron delante de la imágen, hicieron la señal de la cruz y salieron acompañados de la criada.

— Buenas noches, Nina, exclamó la jóven.

La criada volvió la cabeza como interrogando, y luego salió cerrando la puerta.

Así que se hallaron solos, Fenicia tomó con rapidez un velon que estaba junto á la chimenea, y le encendió precipitadamente.

La lumbre se apagaba poco á poco, y los tres mecheros del velon apenas alumbraban una parte del vasto aposento.

La oscuridad parecia haber adormecido al forastero, que sin levantarse de la mesa habia colocado la cabeza sobre sus brazos, y se habia envuelto en su capa como si hubiera hecho ánimo de pasar así la noche.

Oyó que le llamaban y alzó la cabeza.

La luz ardia delante de él y enfrente estaba la jóven padrona que le habia llamado. Sus miradas se encontraron.

— Filippo, dijo ella, ¿no me reconocéis?

Durante algunos segundos, Filippo examinó con atención aquel hermoso rostro en el cual se pintaba una expresion de angustia esperando una respuesta.

Y sin embargo, merecia ser reconocida aquella cara. La severidad de la frente y de la forma recta de la nariz se hallaba dulcificada por largos párpados que se levantaban y se bajaban constantemente. Su boca encarnada tenia la flor y el brillo de la juventud; pero cuando estaba cerrada se pintaba en ella una expresion de resignacion austera y dolorosa que no desmentian sus ojos negros.

La jóven se apoyaba en la mesa, y por primera vez Filippo podia observar los hermosos contornos de su talle, y sobre todo los de los hombros y el cuello.

Al cabo de un instante de reflexion, respondió:

— Seguramente no os reconozco, padrona.

— No es posible, respondió ella con un acento de conviccion; en siete años habeis tenido tiempo para acordaros de mí; la imágen ha podido grabarse en vuestra memoria.

Al oír estas palabras Filippo, como desembarazándose de sus ideas, exclamó con desenfado:

— Sí, el que haya empleado siete años en acordarse de la hermosa cabeza de una jóven, debe poder pintarla á todas horas.

— ¿No os acordáis de lo que entonces deciais?

— ¿Qué decia?

— Que no podriais pensar nunca en otra.

— ¿Hace siete años? Parece que entonces me gustaba bromear. ¿Y tú lo creiste formalmente?

La jóven inclinó tres veces la cabeza con mucha gravedad.

— ¿Porqué no lo habia de creer? Yo misma he experimentado que teniais razon.

— ¡Criatura! exclamó Filippo con un aire de bondad que estaba muy bien en sus facciones acentuadas, lo siento mucho. Hace siete años pensaba yo aun que todas las mujeres sabian perfectamente que las palabras de amor de un hombre tienen poco mas ó menos el valor de esas fichas que se cambian por dinero cuando está convenido de antemano. ¿Qué no pensaba yo entonces de todas vosotras! Ahora, á decir verdad, no me acuerdo de las mujeres; tengo otras cosas de mas importancia en la cabeza.

La jóven se calló, como si no comprendiera lo que oía, y como esperando alguna cosa dirigida en realidad á ella.

— Creo acordarme con efecto, prosiguió Filippo al cabo de una pausa, que he estado ya otra vez en esta parte de los Apeninos. Sin la niebla, quizá habria reconocido la aldea y la casa. Sí, sí, hace siete años que el médico me hizo venir á estas montañas, y corria yo por ellas como un loco.

— Ya lo sabia que no podiais haberlo olvidado, exclamó la jóven, y una sonrisa de júbilo apareció rápida en sus labios; el perro no se ha olvidado tampoco... ni de la rabia que os tenia... ni yo... de mi antiguo amor.

Todo esto fué dicho con una mezcla de gravedad y de serenidad que Filippo la consideró con mas y mas sorpresa.

— Ahora me acuerdo también de una jóven que encontré un dia en las alturas del Apenino, y que me llevó á casa de sus padres. Sin ella habria tenido que pa-

sar la noche en las rocas. Sé que me gustó aquella jóven.

— Sí, mucho, dijo ella.

— Pero no fuí correspondido. Tuve con ella una larga entrevista, y apenas me dijo diez palabras. Cuando al fin pensé despertar con un beso su boquita sombría, me parece que aun la veo como se apartó para tomar una piedra en cada mano, y apenas tuve tiempo de huir sin llevar pedradas. Si tú eres aquella jóven, ¿cómo puedes hablarme de tu antiguo amor?

— Tenia yo quince años, Filippo, estaba muy avergonzada y no sabia como expresarme. ¡Siempre me habia encontrado tan sola con mi carácter altivo!... Y luego tenia miedo á mis padres que vivian todavía. Mi padre poseia muchos ganados y esta posada. Desde entonces no ha habido muchos cambios; pero ¡ay! ya no trabaja ni riñe... Dios le tenga en su santa gloria. A quien tenia yo mas era á mi madre. ¿Os acordáis?... Estábais sentado en el mismo sitio que ahora, y alabábais mucho el vino de casa. Es todo lo que ví, pues mi madre me clavó los ojos y tuve que salir, aunque me puse por detrás de las vidrieras para veros á mi gusto. Sin duda érais mas jóven, pero no mas hermoso que ahora. Aun teneis aquellos ojos con los cuales sabiais conquistar los corazones, y la misma voz de tono grave que pone furioso de celos á mi pobre perro. Hasta entonces á nadie habia amado sino á él, y muy luego conoció que os amaba... mejor que vos lo conoció.

— Es verdad, dijo Filippo, aquella noche estaba yo como loco. ¿Qué noche! Me habiais trastornado, Fenicia, no pude descansar un momento, y viendo que no venias, salí yo á buscarte. Aun veo el pañuelo blanco que habias anudado á tu cabeza, y luego ya nada ví; habias corrido al cuarto que está junto á la cuadra.

— Era mi cuarto, Filippo; no podiais entrar en él.

— Pero queria entrar. ¡Cuánto tiempo estuve allí llamando y suplicando, y creyendo que mi pobre cabeza se hacia pedazos si no te veia por última vez.

— No, la cabeza, no; el corazon, deciais entonces, Filippo; bien me acuerdo de todas las palabras.

— Y sin embargo no querias oírlas.

— Me parecia que iba á morir. Estaba en el rincón mas apartado, y habria querido tener valor para llegar poco á poco hasta la puerta y poner mis labios en la cerradura y respirar vuestro aliento.

— ¡Loca juventud! Si no hubiera acudido tu madre, creo que aun estaria allí, y que tú habrias acabado por abrir la puerta. Ahora casi me avergüenzo de haberme marchado lleno de ira y de rabia; durante la noche soñé contigo.

— Yo estuve sentada en la oscuridad sin cerrar los ojos; al amanecer me dormí un poco y luego me desperté sobresaltada; ví brillar el sol, pero... ¿dónde estábais? Nadie me lo decia, y yo no me atrevia á preguntarlo. Tenia una especie de odio á todo rostro humano, como si os hubiesen dado la muerte para que no nos viésemos mas. Salí como estaba; corrí por las montañas y os llamaba á voces para maldeciros un instante despues, pues por causa vuestra ya no podia amar á nadie. Al fin me encontré en la llanura y espantada me volví. Dos dias habia estado fuera, mi padre me castigó, mi madre no me dijo una palabra. Bien sabian porqué me habia escapado. Fuoco me habia acompañado, y cuando gritaba en la soledad pronunciando vuestro nombre, él lanzaba un aullido.

Hubo un instante de silencio, durante el cual entrambos interlocutores se miraron.

Filippo preguntó:

— ¿Cuánto tiempo hace que tus padres han muerto?

— Tres años. Murieron en la misma semana... Dios los tenga en su gloria. Despues me fuí á Florencia.

— ¿A Florencia!

— Sí, me habiais dicho que érais de Florencia. Unos contrabandistas me llevaron al café que está junto á San Miniato, donde estuve un mes, enviando todos los dias á preguntar por vos. Por la noche iba yo á buscaros. Por último, supimos que os habiais marchado hacia mucho tiempo, y nadie sabia con certeza el lugar de vuestro paradero.

Filippo se levantó y comenzó á pasearse.

Fenicia le seguia con los ojos, aunque aparentaba no ser participe de su agitacion. Acabó por detenerse delante de ella, y despues de haberla mirado algunos instantes, la dijo:

— ¿Porqué me confias todo eso, poveretta?

— He tenido siete años para adquirir el valor suficiente para hacerlo. ¡Ah! Si os lo hubiera confiado entonces, mi cobarde corazon no me habria hecho tan desgraciada. Pero sabia que volveriais, Filippo; eso sí, no pensaba que durase tanto tiempo... Soy una criatura en lo que digo ahora; estais aquí, Filippo, y ya no nos separaremos nunca.

— ¡Fenicia! exclamó con una voz suave, y luego se detuvo sin pronunciar lo que tenia en los labios.

Pero la jóven no paró su atencion en que estaba delante de ella inmóvil, silencioso, y que su mirada fija clavada en la pared pasaba sobre su cabeza. Así continuó tranquilamente como si las palabras que pronunciaba le fuesen familiares, y se hubiese ella repetido ya miles de veces: «Vendra, y le dirás esto y esto.»

— He tenido varias ocasiones para casarme tanto en la montaña como en Florencia; pero no amaba á nadie sino á tí. Cuando un hombre me hablaba de amor, al instante oia tu voz y tus palabras de aquella noche mas dulces que todo cuanto puede decirse en la tierra. Ya no me dicen nada, aunque soy jóven aun y hermosa, como si todos ellos supieran que tú debias volver próximamente.

Hizo una pausa y prosiguió:

— ¿A dónde me llevarás? ¿Quieres quedarte aquí? No, eso no podria convenirte. Desde que conozco Florencia, me parece muy triste la montaña; venderemos la casa y los ganados, y entonces seré rica. Estoy cansada ya de esta gente. En Florencia he aprendido lo que debe saber una mujer bien educada; todos se sorprendian al ver la facilidad con que yo aprendia las cosas, pero era el caso que yo tenia prisa, pues todos mis sueños me anunciaban que tú vendrias á buscarme aquí; también consulté á la gitana, y lo que me dijo ha sucedido.

— ¿Y si yo estuviese casado?

Fenicia le miró abriendo los ojos.

— No lo estás, Filippo; la gitana me lo ha dicho; lo que no sabia era tu paradero.

— Tenia razon, Fenicia, no estoy casado. Pero ¿sabéis, ella y tú, si yo quiero casarme?

— ¿Cómo me has de dejar á mí? exclamó Fenicia con la mas firme confianza.

— Siéntate á mi lado, Fenicia, tengo que decirte muchas cosas. Dame tu mano, y promete que me escucharás razonablemente hasta el fin, pobre amiga mía.

Como ella no hizo nada de todo esto, Filippo se detuvo, y clavando en ella una mirada triste, siguió hablando con el corazon muy oprimido, en tanto que los ojos de Fenicia estaban unas veces cerrados, otras fijos en el suelo como en presencia de la muerte.

(Se continuará.)

Curiosidades del bosque de Fontainebleau.

LAS GARGANTAS DE APREMONT; — EL BAS-BREAU.

Las gargantas de Apremont son, con las de Franchard, los cantones mas desolados y silvestres del bosque. Hace algunos años no eran mas que desiertos de arena encerrados en colinas áridas, y peñones enormes, entre los cuales se distinguian algunos arbustos raquíticos. En el dia esos dos cantones han perdido su desnudez. Los grandes pinares plantados en tiempo de Luis Felipe comienzan á extender por el desierto el velo de su eterna verdura, y al cabo de pocos años las rocas desaparecerán enteramente, gracias á los pinares.

El conjunto de las gargantas de Apremont forma un espacio bastante complicado con cerca de tres leguas de circunferencia. Los trazados de M. Dennecourt han aclarado el caos, y hoy se pueden recorrer fácilmente los puntos que antes no podian visitarse. M. Dennecourt ha dividido las gargantas en dos partes iguales con poca diferencia, á saber: el *Desierto* y el *Valle*. Esta última parte, que frecuentan los pintores por sus aspectos característicos y sus magníficos árboles reunidos ó diseminados, se halla atravesada diariamente por los paseantes que se dirigen hácia el *Bas-Breau*.

Trataremos de dar una idea de las curiosidades que se encuentran en las gargantas de Apremont. — Desde las alturas del Desierto de Apremont se descubre un hermoso panorama; de allí se baja, se atraviesa la plazuela del Desierto siguiendo el sendero del Pinar, y se encuentra luego una roca llamada el *Cerbero del desierto de Apremont*; vienen despues la *gruta de Silvio Pellico* y las *rocas de Fenimore Cooper*.

Cerca de allí está el *belvedero de Lantara*, desde donde la vista abraza otro panorama mas vasto que el primero: todo el valle de Apremont y las colinas que se pierden en el horizonte.

Del *belvedero de Lantara*, bajando un sendero, se llega á la *caverna de las gargantas de Apremont*, cavidad conocida desde muy antiguo, y que sirvió de refugio en tiempo de Luis XV á una cuadrilla de ladrones que tenia por jefe un tal Tissier. Esta cueva muy honda se halla trasformada actualmente, durante el verano, en una especie de taberna.

Al salir de la caverna se encuentra un valle donde hay que admirar soberbios grupos de árboles seculares, copiados cien y cien veces por los pintores que acuden de Barbizon. Atravesando la *plazuela de las rocas de Apremont*, se ven varias encinas gigantescas, señaladas las principales con nombres que les han puesto los artistas.

Otro trazado ha hecho M. Dennecourt para visitar las curiosidades de las gargantas de Apremont, á su extremidad Oeste. Hay que dirigirse á las alturas del Sur, y desde allí se descubre una vista magnífica sobre las gargantas y sobre el valle, en cuyo fondo se distingue hácia la entrada del *Bas-Breau*, el árbol secular de ramaje tortuoso llamado el *Rageur* (el Rabioso); luego, marchando á la derecha, se encuentran el *peñon de Maria Teresa* y el *Dormitorio de Lantara*, y por último, mas arriba, se dibujan en el horizonte las rocas *Cuvier-Chatillon* y las alturas de *Bas-Breau*.

Despues de haber admirado este panorama, el paseante yendo hácia el Oeste, da una vuelta á las crestas de Apremont y visita la *gruta de las Barbizoneras* donde se refugiaron las jóvenes de Barbizon en los primeros momentos de la invasion.

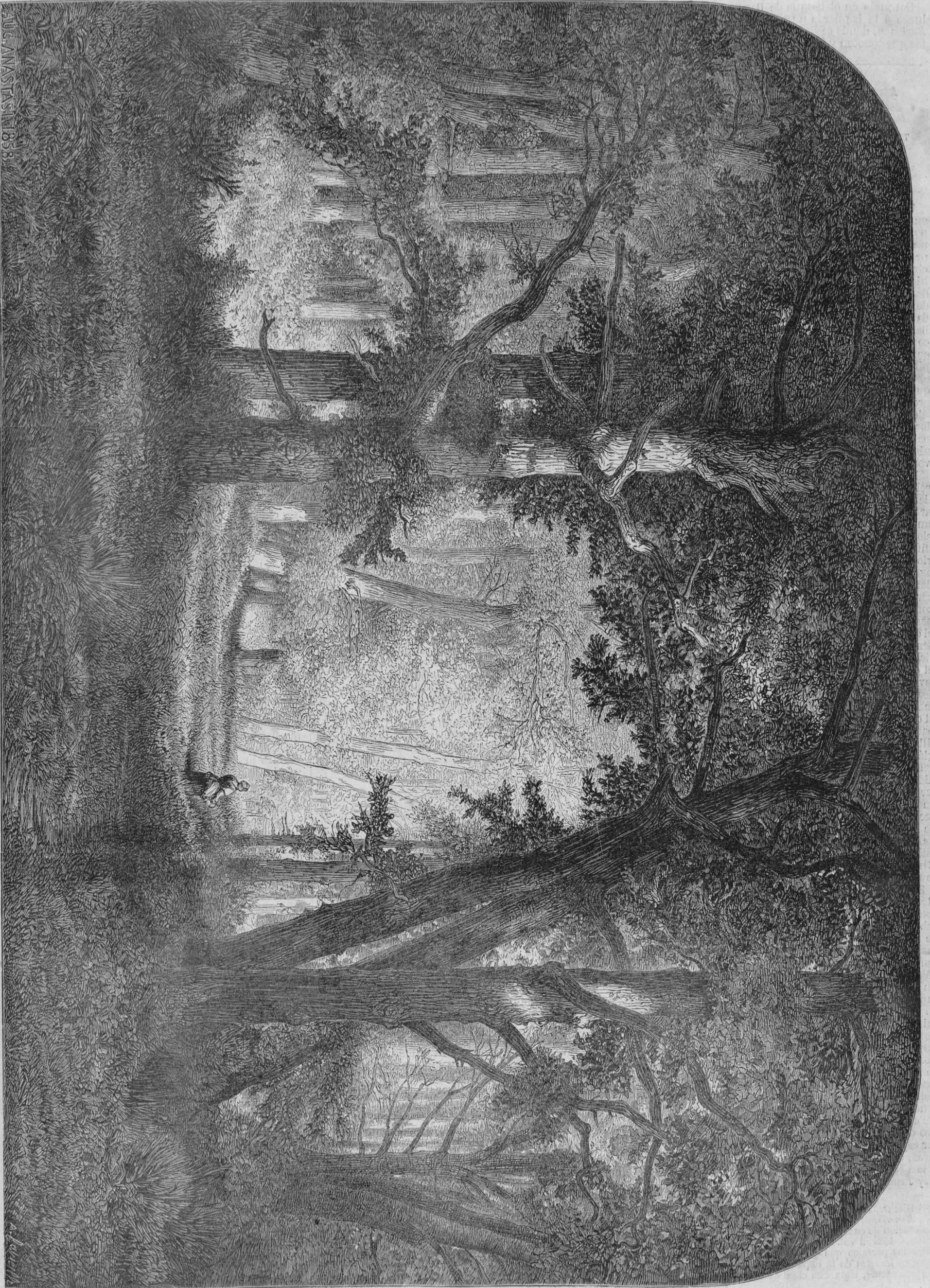
Algunos pasos mas allá se encuentra el paseante en una soledad donde las rocas forman un caos muy pitoresco. A lo lejos se distingue el castillo de *Fleur*, donde estuvo a punto de ser víctima de un rapto el cardenal Richelieu. Luego se llega al *belvedero del Valle*, y de allí se pasa al *Bas-Breau*.

A la entrada de las malezas de *Bas-Breau* se puede



AUC. ANASTASE. 58

FONTAINEBLEAU. — EL « RAGEUR » EN LAS GARGANTAS DE APREMONT, ANTES DEL « PLANTO DE LOS PINARES.



A. C. ANASTASINI 1858

FONTAINEBLEAU. — EL « BAS-BREAU. »

dar á la derecha un rodeo de cinco minutos y subir por un senderillo á ver la *Encina cautiva*.

Entrando en el bosque de Bas-Breau, se halla muy luego á la izquierda un anejo camino que conduce á *Barbizon*, donde se halla la célebre posada de los artistas que conocen ya nuestros lectores.

Anales de los artistas españoles

POR W. STIRLING.

TRADUCCION DEL INGLÉS POR DON J. MALDONADO Y MACANÁZ Y DON ENRIQUE VALDÉS Y SOLER.

(Continuacion).

En toda su carrera la iglesia era su mejor y mas seguro patrono. Ni fué el pintor el menos importante ó popular de sus ministros. Su arte no fué simplemente un arte de adorno y recreo, sino que con su ejercicio se proponia instruir á los jóvenes y á los ignorantes, es decir, á la mayoría de los creyentes en las escenas de la historia sagrada y en las solemnes y patéticas leyendas de los santos, á quienes le enseñaban á reverenciar desde la cuna. «Para el sabio y el letrado, dice don Juan de Butron (1), escritor artistico del reinado de Felipe IV, bastan los libros, pero para el ignorante, ¿qué maestro como el pintor? Merced á él puede leer su deber en un cuadro, ya que no pueda estudiarlo en los libros.» El pintor vino á ser en cierto modo un predicador, y sus obras fueron homilias permanentes, mas atractivas y quizás mas inteligibles que las que por lo comun se pronunciaban desde el pulpito. El reposado pathos, el silencio expresivo de la pintura podia atraer la vista de los que se hubieran dormido escuchando las melifluas palabras del jesuita, y conmover corazones en que ninguna impresion hubiera producido la atronadora voz del dominico.

Nosotros los protestantes, que recibimos las nociones religiosas por muy diferente conducto, dificilmente podemos apreciar la gran importancia de las funciones del artista español. La gran Biblia, unida por medio de una cadena al facistol de la parroquia, nos vedaba la elocuencia del retablo. Mas para el católico español la música del coro y las pinturas de sus antiguos santuarios, ocupaban el lugar de los dogmas teológicos que agriaron y exasperaron la inteligencia de los aldeanos del Norte. El discurría sobre estos asuntos con gran placer y quizás con gran ventaja moral, y se adhería á ellos con igual afecto y reverencia. Durante la gran guerra peninsular, cuando las monjas de Loeches, tentadas por el oro de un inglés comerciante en pinturas, habian consentido en despojar sus muros de seis magníficas composiciones de Rubens, que regalara á aquella comunidad el conde-duque de Olivares, las gentes de la comarca se levantaron en defensa del precioso patrimonio de la aldea. Fué necesario tener el apoyo de otro expoliador mas poderoso, de un general de brigada francés, á quien el comprador sobornó con dos de los codiciados cuadros, para que los adornos decorosos de una iglesia de Castilla pudiesen embarazar la galería de un noble inglés (2).

El pintor español comprendió perfectamente la dignidad de su mision, y se entregó á ella con un celoso fervor, digno del monje mas santo. Como Fra Angélico en los albores de la pintura italiana, Vicente Joanes se preparaba para emprender un nuevo trabajo por medio de la oración, del ayuno y aun de la sagrada Eucaristía. La vida de Luis de Vargas fué tan pura como su estilo: acostumbraba á disciplinar su cuerpo, y como Carlos V, tenia junto á su cama un ataúd, en el cual se tendia para meditar sobre la muerte.

El clero español ha suministrado en varias ocasiones algunos nombres de importancia para la historia del arte. El pastor aspiraba algunas veces á exhortar á su rebaño, y el fraile á dirigir á su comunidad por medio de una pintura en vez de un sermón. Pocas fueron las casas religiosas que no poseyesen, mas tarde ó mas temprano, algun hermano que aspirase á ser, ó fuese efectivamente artista, y que no dejase un rico cáliz ó un copon en la sacristía, ó un cuadro ó escultura en la capilla, de la misma manera que el fraile literato legaba á la biblioteca, cuyos manuscritos registró y examinó, una curiosa crónica ó una interminable leyenda.

El bello genio del niño sordo mudo de Logroño, conocido luego y famoso en toda Europa bajo el nombre de *El Mudo*, fué descubierto y dirigido en sus primeros pasos por un padre gerónimo del monasterio de la Estrella. Nicolás Factor, franciscano de Valencia, es tan conocido como pintor de mérito como por su beatitud. Nicolás Borrás, de Gandía, llenó la iglesia y los claustros del convento de Padres Gerónimos, en que residió por espacio de veinte y cinco años, con multitud de pinturas, de las cuales las mejores no hubieran desacreditado á su gran maestro Juanes. Fray Andrés de Leon y fray Julian Fuente el Saz, monges del Escorial, ejerci-

taron sus delicados y hábiles pinceles en iluminar los libros de coro de aquel templo. Los cartujos del Paular y de Granada pueden alabarse de que Sanchez Cotan, uno de los mas hábiles discípulos de Blas del Prado, llevó su hábito y vivió entre sus muros. Ramon Berenguer en Scala Dei, en Cataluña, y Cristóbal Ferrado en la noble cartuja de Sevilla, entretuvieron igualmente por medio de la pintura las horas de soledad y silencio impuestas por la regla de San Bruno. Céspedes, el pintor poeta, fué canónigo de Córdoba; Juan de Roelas disfrutó una prebenda en Olivares, y Alonso Cano otra en Granada. Juan Rizi fué un pintor excelente, y tan buen benedictino que se vió elevado á la dignidad de abad y mas tarde fué promovido á un obispado de Italia. Cuando vacaba á los trabajos del Santo Oficio, Espadaña, inquisidor de Valencia, trocaba la pluma, con que ordenara el tormento, por la paleta y la brocha del aficionado, retratando acaso en el estudio los martirios que imponia en el calabozo. Mascareñas, obispo de Segovia, entretenia sus ocios con el pincel; y en la catedral de Tarragona el Dr. José Juncosa figuraba á un tiempo como predicador popular y como el mejor y mas aplicado de los pintores catalanes.

Ni fué el talento artístico patrimonio exclusivo de los religiosos varones, pues doña Maria de Valdés, monja cisterciense é hija de Valdés Leal, el rival de Murillo, pintó hermosos retratos en el convento de San Clemente de Sevilla. Siendo la pintura de tanta importancia para la iglesia, no es extraño se consagrasen mucho estudio y muchas pesquisas á la investigacion de las reglas con que se habian de representar los asuntos y personajes sagrados; cuestion que fué discutida largamente en todos los tratados sobre el arte. La considerable porcion del libro de Pacheco que trata de este asunto, se dice haber sido escrita por sus amigos del colegio de jesuitas de Sevilla. Pero el código mas completo de leyes sobre la pintura religiosa, es quizás el de fray Juan Interian de Ayala, el cual, sin embargo, no fué promulgado hasta que la raza de pintores á cuya direccion estaba destinado, se hallaba próxima á extinguirse. Fué fray Juan doctor y profesor de la universidad de Salamanca, y uno de los compiladores del *Diccionario de la Academia española*: su libro, escrito en latin, se titula: «*Pictor Christianus Eruditus, sive de erroribus, passim admittuntur circa pingendas atque effigendas Sacras Imagenes.*» — Matriti, in fol. 1730.

El doctor Luis Durán publicó en Madrid, año de 1782, una traduccion al castellano de este libro, en dos volúmenes en 4º. Dicha obra es, como podia esperarse, una curiosa muestra de prosa frívola y pomposa. Por ejemplo, dedica algunas páginas á tratar del castigo que merecen aquellos pintores heterodoxos que pintan la cruz del Calvario en forma de una T en vez de pintarla en la ordinaria forma latina. La cuestion de si en los cuadros de las Marías, en el Sepulcro, en la mañana de la Resurreccion, han de ser dos ó uno los ángeles que se representan sentados sobre la piedra al alzarse ésta, es debatida con calor; y por último, se aconseja al artista dar cabida en sus cuadros á los dos ángeles para cumplir con ambas opiniones alternativamente. El derecho del demonio á sus cuernos y cola sufre tambien un detenido exámen, cuyo resultado es que los primeros son justamente colocados en su cabeza con la autoridad de una vision de santa Teresa, y la segunda es admitida como accesorio probable, ya que no plenamente demostrado, del ángel caído.

Todos los autores que han escrito sobre esta curiosa materia reprueban fuertemente el prodigar sin necesidad las figuras desnudas. Ayala censura á los artistas que ponen de manifiesto los pies de sus vírgenes, aun cuando las españolas son muy amigas de enseñarlas, casi tan severamente como al indecente pintorzuelo á quien nombra, el cual pintó para cierta iglesia una santa Virgen sufriendo el martirio sobre una aspa de San Andrés en el mismo estado en que la buena lady Godiva cabalgada por Coventry. Pacheco ilustra su argumentacion contra las pinturas de altar indecorosas por medio de una singular anécdota acerca de sus lamentables efectos, la cual anécdota asegura haberla recibido de un grave y piadoso obispo que fué el héroe de su relacion. El cuadro en cuestion, que era un *Juicio final*, por Martin de Vos (1), se hallaba antes en la iglesia de las Agustinas y hoy en el museo de Sevilla, y es, como otras obras de este maestro, una composicion de considerable poder y mérito, pero desfigurada por inoportunos episodios de groseras caricaturas. El conjunto es verdadero, y muchas de las principales figuras están noblemente pintadas y llenas de variado interés y carácter. Pero tras de ellas, y en lontananza, ofende la vista un grotesco demonio que reprime á uno de los condenados, que intenta traspasar los límites prescritos, por medio de fuertes golpes de su tridente, y administra á uno de los mas contumaces un vigoroso puntapié con su hendida pezuña, asestado en la direccion mas vulgarmente insultante.

Entre un grupo de mujeres desnudas que figuran en primer término, un magnífico tipo del género de la *Lais*, notable por su hermosa cabellera flotante y sus formas voluptuosas, es arrastrado por un espantoso demonio, que termina en forma de pescado y enseña los dientes con horrible ategria. Los ojos del obispo se fijaron, sin duda, sobre esta figura — «mujer notable,

(1) El cuadro es una tabla de seis á siete pies en cuadro, firmado por J. Martin de Vos, 1570. Hoy 1845 existe en una pequeña capilla de la iglesia, que es en la actualidad el principal salon del museo, donde se halla colocado el hermoso crucifijo de Montañés.

dice Pacheco, por la belleza y desórden de su persona» — al celebrar cierto día el sacrificio de la misa como un simple fraile frente al cuadro. Excitada de este modo su viva imaginacion meridional repentina y fuertemente, cayó el triste en un estado de mental desórden, tal como nunca hasta entonces habia conocido. — «Antes que exponerme segunda vez al mismo conflicto, decia el buen prelado, que habia hecho el viaje de América, sufriria un huracan en el golfo de las Bermudas. Han pasado muchos años desde entonces, y todavia no puedo pensar en este cuadro sin terror.»

El piadoso entusiasmo de los artistas españoles fué causa de que no pocas veces creyesen, como Fra Angélico, que la inspiracion divina vivificaba su imaginacion y daba fuerza á sus manos. Esta idea era prontamente adoptada por el hábil clero y por el pueblo supersticioso. A dar fe á los pintores de las escuelas de Toledo y Valencia, los ángeles les hacian muchas y frecuentes visitas en sus estudios. De aquí resultaban obras poco inferiores en el poder de hacer milagros y de enriquecer santuarios, á los verdaderos retratos que salieron del caballete de San Lucas ó del santo lienzo de la Verónica.

De este género fué una Virgen muy celebrada, pintada por Juanes por mandato expreso de la misma Madre de Dios, la cual se apareció tambien á fray Martin Alberto, de la órden de Jesus, y aun le dió instrucciones acerca del traje que habia elegido para aparecerse (1). Tres veces habia fracasado Gaspar Becerra al modelar una imagen de la Virgen conforme á la idea de la reina Isabel de Valois, y solo debió el buen éxito de su empresa á una visita de la bendita Maria, que apareciéndosele entre sueños le ordenó ejecutar su obra en un tizon, que fué inmediatamente convertido en una de las mas famosas imágenes de España. La misma divina persona honró tambien á Sanchez Cotan en una sesion para su retrato (2), cuyos milagros fueron innumerables como los dientes de Santa Polonia — eficaces contra el dolor de muelas — de los cuales, si damos crédito á Fuller, un oficial comisionado con este objeto, durante nuestra reforma, recogió en Inglaterra los suficientes para llenar un tonel (3).

Terminar un cuadro ó una escultura milagrosa era, sin embargo, en ocasiones, una distincion tan gloriosa como arriesgada. Durante la peste que affligió á la ciudad de Málaga en 1649, cierta estatua del Cristo á la columna esculpida para la catedral de aquella ciudad por el italiano Giuseppe Micael, efectuaba curas prodigiosas, y prometia rivalizar con el santo Crucifijo esculpido en Jerusalem por Nicodemus, que poseian los capuchinos de Búrgos (4), el cual sudaba todos los viernes y hacia milagros todas las semanas. Mientras hacia estragos la peste, hallábase una tarde el escultor meditando apoyado contra la puerta del santuario donde su obra se veneraba; pero con semblante tan dolorido, que un amigo, al saludarle desde lejos como era costumbre en una poblacion castigada por la peste, no pudo menos de preguntarle la causa de su tristeza: — ¿piensas, le contestó el artista, que tengo ya nada que esperar en la tierra, despues de haber visto y oido los prodigios y maravillas de esta soberana imagen que mis indignas manos han formado?

Existe una antigua tradicion entre los maestros de nuestro arte, que dice haber de morir en breve aquel á quien le fué dado hacer una imagen milagrosa. — Y el buen Giuseppe no se equivocó en su presentimiento; la tarea de su cincel habia terminado; no debia volver á ver su patria; al cabo de ocho dias el carro mortuorio le habia conducido al repleto cementerio de Málaga. Su nombre, ya que no su vida, debia ser conservado por la estatua, durante largo tiempo venerada bajo la advocacion de *El Señor de la Salud*.

Y aun cuando no se concediesen á los artistas visitas directas ó angélicas sesiones, todavia los santos miraban benignamente á los que les honraban, y acudian en su auxilio en ocasiones de espiritual necesidad. El

(1) Palomino, tomo III, pág. 395.

(2) Palomino, tomo III, pág. 433.

(3) *Historia de la Iglesia*, por Fuller, lib. VI, página 331. — Londres 1635. — In fol.

(4) Madame d'Aulnoy, *Relation du voyage en Espagne*. — Tres tomos 12º. — La Haya 1693. — Tomo I, página 122. Maria Catalina Jumelle de Berneville, sobrina de madama Des Loges, famosa por su ingenio en el reinado de Luis XIII y esposa del conde d'Aulnoy, que habia perdido hacia poco la cabeza bajo el reinado de Luis XIV, or un falso cargo de traicion, era una de las mas vivas y agradables escritoras de la época de madama de Sevigné. Dejó algunas novelas (*Contes des fées, Histoire du comte Douglas, etc.*), como tambien Memorias en las cuales los hechos se hallan á veces amenizados por medio de la ficcion. Su *Voyage en Espagne* y sus *Memorias de la cour d'Espagne* son raros y merecen reimprimirse por la vivacidad de su estilo y sus curiosas pinturas de costumbres. En la última edicion de Amsterdam — 2 tomos 12º, 1716 — se halla un retrato suyo insignificante, en el cual está representada como una mujer alta y agradable vestida de brocado y en el negligé de aquel tiempo. Murió en 1703. Existe una traduccion inglesa, hoy muy rara, de su viaje.

El *Viaje* y las *Memorias* de madama d'Aulnoy son obras poco fidedignas bajo todos conceptos. El erudito escritor inglés, que con tanta gracia censura en el prólogo la ligereza de los autores franceses que trataron de las cosas de nuestra patria, no debia haber hecho esta excepcion en favor de madama d'Aulnoy. Por lo demás, nuestros lectores comprenderán que si hemos traducido fielmente algunos de los párrafos que siguen, en los cuales M. Stirling habla en un tono, no del todo conveniente para oídos católicos, de los milagros atribuidos á veneradas imágenes, y de la intercesion divina en favor de algunos célebres artistas, ha sido para conformarnos con nuestra obligacion de traductores: *Retata refero.*

(N. de los TT.)

(1) Discursos apologéticos, Madrid, 1626. In c. pág. 36.

(2) *Memorias de la pintura por Buchanan*, con una historia de la importacion de cuadros de los grandes maestros en Inglaterra. Londres, 1824. 2 vol. — 8º vol. II. — Pág. 222.

Por los párrafos que preceden pueden venir en cuenta nuestros lectores de la imparcialidad con que el autor, aunque protestante, trata esta clase de difíciles cuestiones.

(N. de los TT.)

padre Martin de Roa solia contar de un jóven pintor que habiendo accedido á los ruegos de un caballero para que le pintase un cuadro con figuras deshonestas, murió poco despues de haberle concluido, y fué condeñado á las penas del Purgatorio hasta que el dueño del cuadro se arrepintiese, destruyese la pintura é hiciese un número proporcionado de buenas obras. La intercesion de los santos á quienes habia representado durante su vida, abrió entonces al pintor las puertas del Paraíso.

Don José de Valdivieso, uno de los capellanes del alegre cardenal infante Don Fernando de Austria, cita un caso todavía mas notable de intercesion celestial en favor de un comprometido artista. Cierta fraile jóven, dice, era famoso en su órden por su habilidad en la pintura, y tenia especial gusto en representar á la Santísima Virgen y al demonio, poniendo sobre todo gran cuidado en hacer resaltar la divina belleza de la primera y en inventar nuevas y extravagantes formas con que retratar al último. Incomodado al cabo Belcebú por la variedad y vigor de sus dibujos, se propuso vengarse del pintor, y tomando la forma de una hermosa doncella, se introdujo así disfrazado en la celda del religioso, el cual, como fuese de complexion propensa al amor, cayó al cabo en la tentacion. La fingida damisela sonreía á su rapado galanteador, y aunque deseaba ser vencida, no queria rendir sus gracias sino á precio de ciertas ricas joyas y relicarios del tesoro del convento, objetos que el fraile consintió en mal hora en entregarla. Con este fin la introdujo á media noche en el convento y llevándola á la sacristía, sacó de sus antiguos armarios los objetos preciosos que le habia pedido. Era llegado el momento de la venganza. Cuando al volver de la sacristía atravesaban un claustro iluminado por la luna, y mientras el fraile pecador se retiraba llevando en una mano su botín y de la otra su falsa dueña, el demoniomujer — «mas parecido á una mujer que á un demonio,» como el capellan hace observar — súbitamente gritaron desde fuera ¡ladrones! con diabólica energía. Levantáronse los frailes en desórden, salieron de sus celdas y hallaron á su desgraciado hermano en el acto de huir con la plata labrada.

Como toda disculpa era imposible, ataron al culpable á una columna, y dejándole así hasta la mañana siguiente, en que debia imponérsele el castigo merecido, volvieron á sus celdas y á sus oraciones. El diablo, invisible durante la confusion, volvió á aparecer cuando todo quedó en silencio; pero esta vez bajo la forma mas horrorosa. Medio muerto de frio y de terror, nuestro derrotado artista se pegaba temblando de miedo á la columna, mientras su verdugo se burlaba de él sin piedad, dándole en rostro con sus propósitos amorosos, mofándose de las oraciones que tartamudeaba, y aconsejándole con irreverencia que llamase en su ayuda á la beldad que tanto se complacia en pintar. El desgraciado paciente tomó al cabo el consejo que como por burla se le daba; y de repente Nuestra Señora de la Merced, radiante de amor celestial, descendiendo del cielo, rompe las cuerdas que le sujetaban, y le manda amarrear en su lugar al demonio, órden que, gracias á la fortaleza de la Virgen, obedeció con no menos alegría que asombro. Mandóle luego que se presentase á mañanas en los demás frailes, y ella misma se encargó de colocar en su lugar la plata sustraída. De esta manera se trocaron los papeles. El fraile se presentó entre sus hermanos con no poca sorpresa de estos, y votó muy contrito su propia condena, sentencia que fué anulada cuando, examinada la sacristía, se vió que su contenido se hallaba milagrosamente intacto. En cuanto al diablo, que permanecia fuertemente amarrado á la columna, fué vigorosamente azotado, cayendo de esta manera en el lazo que habia tendido á otro. El objeto de sus burlas adquirió por su parte nuevos bríos, y fue, no solo mejor y mas prudente como hombre, sino tambien mas hábil artista, porque la experiencia de aquella terrible noche le proporcionó cuanto necesitaba para concebir el ideal de sus asuntos favoritos. Desde entonces jamás volvió á hacer caso de incitadoras damiselas, y continuó siendo uno de los mas respetables frailes de su convento, y pintando á la Virgen con mas serena hermoñura y al archi-enemigo mas diabólicamente espantoso que nunca.

Estas leyendas pueden servir como de muestra de las historias de que están llenas las obras españolas que tratan de bellas artes. Ellas prueban, por lo menos, la íntima relacion que existia en España entre la religion y el arte, y la buena armonía que reinaba entre el clero y los pintores. El gusto grave y decoroso de la nacion ejerció su influjo sobre los artistas que pintaban para la corte, no menos que sobre los que trabajaban exclusivamente para la iglesia. No es esto decir que la corte de los Reyes Católicos de España é Indias fuese mas vigorosa en sus costumbres que la de los reyes cristianísimos de Francia ó la de nuestros monarcas defensores de la fe. Madrid, como Paris y Londres, no careció de sus Bassompierres y Rochesters; la raza de las Portsmouth y de las Pompadour floreció tan libremente en Aranjuez como en Windsor y Versailles; ni fué el puesto gozado por los Ortiz y los Godoy, creacion de los Borbones de España.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas nuevas. — Revolucion en el vestir. — El vestido Isabel. — Telas á la moda. — Las parisienses vestidas de chinas. — El mantchu. — Confecciones artísticas. — Adornos militares. — Un par de botas á la húngara. —

Sombreros con su nombre propio, como las mujeres á la moda. — Cuatro tocados inéditos: el turbante Fathma; el turbante zuavo; el tocado milanés y el tocado nacional. — Descripcion del figurin de este número.

Mucho tengo que decir sobre las modas nuevas; la moda ha hecho una revolucion en los vestidos y en las confecciones; adios las crinolinas, las mujeres no quieren presentarse ya en forma de campana, porque se opondrá á ello el vestido Isabel. Expliquemos esta novedad de la moda. El vestido Isabel está cortado al sesgo, y el cuerpo y la falda forman una pieza. La falda lleva unos gruesos pliegues en figura de abanico, de modo que las caderas quedan dibujadas, que es como si dijéramos que recobra sus derechos la naturaleza.

Este nuevo corte tiene un prestigio inmenso, porque hace mas alta y delgada á la mujer en razon á que solo ahueca la falda por abajo. Este es un gran progreso. Entre nosotros, no se puede ver nada mas ridículo que una mujer con el vestido en forma de campana.

Voy á bosquejar el vestido en cuestion, aunque es difícil definir una prenda tan elegante.

Supongamos que el vestido es de tafetan grosella; como he dicho ya, la falda describe anchos pliegues al sesgo. El cuerpo va abotonado por un lado, y tiene por adorno una ancha banda de terciopelo grosella ilustrada á cada lado con una trenchilla de oro que ribetea el escote siguiendo los contornos de la abertura del cuerpo, y formando luego delantal por un solo lado de la falda hasta reunirse con la galería de la orla. Esta banda está sostenida con botones de oro. Las mangas están plegadas al sesgo con una banda de terciopelo que arranca de lo alto del hombro y sigue el codo hasta el puño que es de terciopelo con botones de oro. Por el lado opuesto al adorno aparece sobre la falda un bolsillito cuadrado.

Este vestido, que por la descripcion podrá parecer un poco extraño, es de una sencillez encantadora. No hay mas que reemplazar el tafetan grosella con el negro ó color de castaña, y suprimir el oro, y se obtiene un bonito traje de paseo á pié.

El tafetan antiguo por su fuerza y su flexibilidad se presta maravillosamente á formar los pliegues del vestido Isabel.

El tafetan antiguo es una tela nueva propia para la estacion presente. Es liso y de colores con florecillas y dibujos menudos.

Tambien se hacen hermosos vestidos de moiré francés color violeta y pensamiento, verde Isly, Habana y castaño.

Además se han dado á luz muchos terciopelos rayados de diversos colores. El gris ruso es muy distinguido.

En cuanto á confecciones, vamos á llevar este año una prenda que llevan las chinas, y es un mantchu en toda la acepcion de la palabra. El mantchu es como si dijéramos una dulleta de mucho vuelo, que abriga como ninguna prenda. Su forma es tan sencilla que exige un corte atrevido y elegante. Se hace de terciopelo, de seda ó de paño, para que haya para todos los gustos y todos los bolsillos. Los he visto de terciopelo negro cerrados de lado y adornados con un rizado de cinta de terciopelo en todo su contorno. La abertura lleva un adorno de rosas de la India tejidas al crochet en relieve. La manga arranca de la escotadura y lleva al lado el mismo adorno de rosas. Es muy ancha y se vuelve á voluntad, en cuyo caso el forro forma la vuelta.

Esta prenda se hace tambien de paño con banda de terciopelo de oro ribeteada de oro.

Elijo al acaso entre las demás confecciones las que me parecen mas elegantes.

— Una capa Médicis con mangas en armadura rayada y delanteros respuntados en cuadro. La pieza de la espalda lleva igual respunte con adorno de pasamanería florentina y borlas. Al rededor de esta pieza la capa forma pliegues y como una especie de manga ancha con vueltas; se abotona de arriba á bajo.

— Otro capa María Luisa de terciopelo negro con pliegues de terciopelo violeta y dos magníficos volantes de encaje que caen casi hasta la orla de la falda. Los volantes de encaje forman mangas y flotan sobre los delanteros redondeados y adornados con rizados de encaje entre los cuales brillan botones con borlitas.

— Un Genovés de paño aterciopelado color tierra de Italia con vueltas y cuello acolchado. Adornos de pasamanería en los delanteros.

— Un Largillere, capa con tres gruesos pliegues de seda negra, estilo Luis XIV. Los pliegues arrancan de los hombros con una esclavina guarnecida con un adorno de pasamanería, tejida de oro y volante de guipure formando cuello por un lado y vueltas por el otro, y que cae hasta muy abajo. Mangas nuevas plegadas en una gran vuelta Bassompierre, guarnecida de la misma pasamanería de oro y con un volante de guipure.

Olvidaba un vestido de mandarina de estilo chino con las atribuciones de traje casero y de bata. Esta prenda es de cachemira grosella y va adornada con una banda de tafetan antiguo orlada de terciopelo negro formando solapa por un lado sobre el cuerpo y describiendo un sesgo por delante.

Tales son las novedades del día. Como prendas mas sencillas hay confecciones de paño con esclavina que llevan por todo adorno respuntes de seda formando grecas.

Los capuchones están destronados. Dos palabras sobre los adornos de los vestidos. Además de la pasamanería ordinaria variada en colores y en estilo para todas las telas nuevas, hay adornos de un carácter tan militar que me pregunto á qué regimiento pertenecen las bonitas damas que los llevan. Los adornos tienen estos nombres: guias, estado mayor, imperio é italiano.

El primero se compone de un par de charreteras, mezcla de crochet, perlas negras, pasamanería y agujetas, con cuatro cordones, de los cuales uno pasa bajo el brazo, y los otros tres caen sobre la manga. Sobre el pecho se ven dos ricos broches que rematan en las mismas agujetas.

El segundo es una banda de pasamanería calada con sus charreteras correspondientes.

El adorno italiano tiene hojas de laurel, y el adorno imperio tiene motivos variados á lo infinito para reemplazar los botones rodeados de tul que casi no se llevan.

Ahora sin otra transicion tengo que presentar á mis lectoras un par de botas á la húngara, que han sido hechas para la condesa Orloff, una señora rusa, que se distingue por su elegancia. No puede darse nada mas gracioso que estas botas.

Entremos en el capitulo de los sombreros y de los adornos de cabeza que son este año de la originalidad mas caprichosa.

El sombrero Enrique IV lleva cuatro plumas blancas sobre fondo de terciopelo negro. El bavolet es de tul blanco y va cubierto de blonda. Por dentro se ve una mezcla de margaritas de terciopelo blanco y terciopelo negro. Las cintas son blancas.

El sombrero Sevigné es de terciopelo real blanco con guarnicion de terciopelo punzó que remata en franjas y cae por los lados. Bavolet de blonda. En el ala cordon punzó y cintas blancas.

Tenemos despues el sombrero parisiense de terciopelo negro con ala grosella de los Alpes formando vuelta, y con un velo pequeño de Chantilly. En el interior bandó grosella de los Alpes y ramillete de margaritas de terciopelo. Cintas color de grosella.

El sombrero imperial es de terciopelo blanco con una drapería orlada de blonda que cae por un lado en tanto que por el otro flotan dos plumas blancas. Cintas blancas.

El sombrero Hamilton es de terciopelo negro abarquillado de forma, y con un ramillete de plumas negras de gallo, sostenido por un grueso lazo de terciopelo. Velo emperatriz, de Chantilly, que cae justo hasta la barba, como la guarnicion de encaje de una careta.

Este es un sombrero de viaje.

Por último, señalaré un sombrero de teatro de terciopelo verde Isly, y fichu plegado de blonda que cae sobre un bavolet de tul. El adorno es de plumas verdes y blancas. En el interior un ramo de laurel blanco y cintas blancas.

En cuanto á los tocados, voy á describir cuatro que son admirables.

Un turbante Fathma de terciopelo grosella de los Alpes con broche por un lado, sosteniendo una masa de gruesos hilos de oro, que cae con una borla por un lado y en forma de collar por el otro.

— Un turbante zuavo de terciopelo punzó, adornado de trenchillas de oro y borlas de oro, con terciopelo y plumas blancas.

— Un tocado milanés que figura un cuadro de terciopelo purpurno, sobre el cual se enlazan rollos de gasa de oro con dos penachos de plumas blancas. El cuadrado de terciopelo va guarnecido de blonda.

— Por último, un tocado nacional con los colores de la bandera francesa. Tres ramos de flores purpurinas, blancas y azules, que se ponen sobre los bandós, sostienen un fondo plegado de encaje negro, rodeado de una cinta de tafetan negro y de un pequeño volante de encaje. Un bonito rizado de blonda blanca se mezcla con el encaje negro.

Terminaré con la descripcion de nuestro figurin de modas, que representa dos trajes propios de la estacion.

El primero es de tafetan antiguo negro, de doble falda guarnecida cada una de ellas con dos hileras de tafetan rizado. Mangas muy anchas y guarnecidas con el mismo adorno. Cuello y mangas interiores de muselina, con un pequeño rizado. Brazaletes bizantinos. Sombrero de terciopelo epinglé blanco, adornado de terciopelo rosa de la China con plumas de color de rosa. Guantes de Sajonia.

El segundo traje es de tafetan antiguo azul de Sevres, con una falda compuesta de cinco volantes escoceses separados con entredos de encaje negro. Cuerpo con cinturón flotante de cinta azul. Mangas con hombreras y volantes sobrepuestos. Cuello y mangas de muselina afollada con cintas azules en los afollados. Sombrero de crespon blanco, fondo de tul con una cascada de blonda y un ancho sesgo de terciopelo azul adecuado al color del vestido, y sosteniendo un ramillete de plumas azules. Cintas blancas. Guantes de color de paja. Botitas de moaré antiguo negro con tacones Luis XV.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Palacio de la favorita Jancina

DONDE MURIÓ EL BEY DE TUNEZ, EN LA MARSA.

El autor del dibujo que publicamos escribe lo siguiente:

«Rada de la Goulette, cerca de Tunez,
26 de setiembre de 1859.

Ayer tarde pude hacer el adjunto dibujo, habiendo obtenido antes gracias al cónsul el insigne favor de acercarme al palacio donde murió el bey de Tunez hace cuatro días. Para llegar á él atravesamos unos jardines hermosísimos. Aunque la estacion se halla ya adelantada, hace aquí un calor insufrible, que felizmente está atenuado por la noche gracias á la brisa del mar.

Ultimamente he ido á pasar un día en Tunez con varios oficiales de bordo, y despues de una travesía en bote que duró dos horas y media, llegamos á un lago donde hacia un calor horrible. Ese lago separa á Tunez de la Goulette, pueblecillo á la orilla del mar donde está fondeado el *Prony*.

Tunez es una ciudad muy original y muy pintoresca, como todas las ciudades árabes. El bazar presenta un cuadro interesante; en él se reúnen todos los mercaderes árabes y judíos. Es una gran calle cubierta con una bóveda blanqueada de cal, con una porcion de ramificaciones que componen tambien el bazar, y que forman un verdadero laberinto. Las casas de la ciudad están muy limpias; pero no se puede decir otro tanto de las

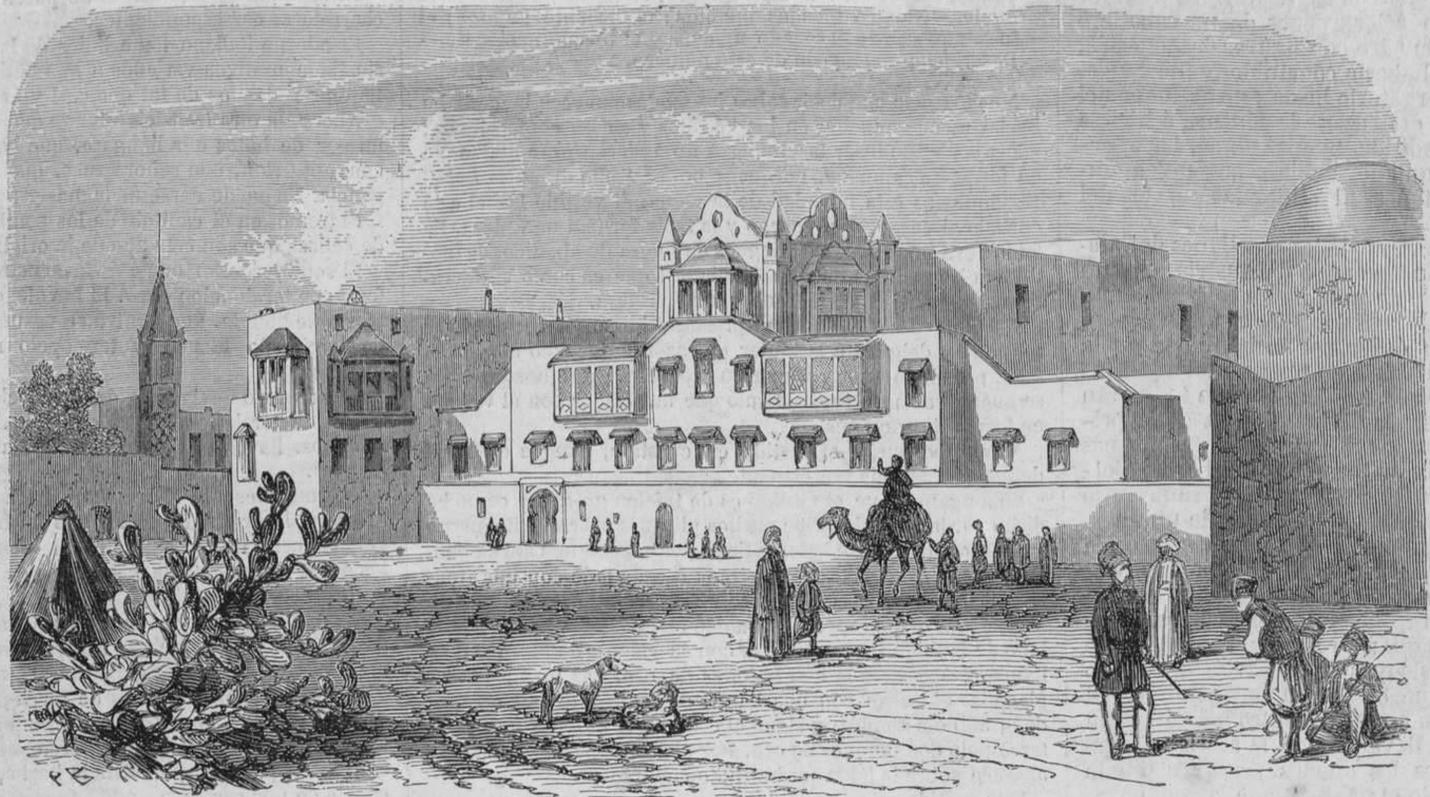
calles, que no están empedradas, y en las cuales no es fácil la circulación por los muchos charcos de agua fangosa que se encuentran en ellas.

El interior de las casas está en armonía con el exterior, sobre todo en las habitaciones de los judíos. En los aposentos todas las paredes tienen azulejos, lo que da mucha frescura.

Habría querido hacer el dibujo de la ceremonia de los funerales del bey; pero según me dijeron el cónsul y el comandante del *Prony*, era peligroso acercarse, porque los árabes no permiten que un cristiano se mezcle de modo alguno en sus ceremonias. No toleran que se entre en sus mezquitas, ni aun sin calzado, siguiendo su costumbre.

Fuimos á los baños, y es un establecimiento muy curioso, pero que sería muy largo de describir. Después de habernos molido y dislocado, dirámoslo así, al salir del baño, nos pusieron sobre unas esteras plantándonos el turbante y el albornoz de rigor. Luego trajeron la pipa y el café.

A bordo del *Prony* habíamos llevado de Tolon á Tunez á M. Thiebaut, cirujano de primera clase de la marina, enviado por el gobierno francés para cuidar al bey. Desgraciadamente este facultativo le halló que no tenía remedio y rodeado de médicos italianos en los que tenía una entera confianza. El doctor Thiebaut, desde su llegada, conoció que la enfermedad había hecho ya muchos progresos, y sin embargo su tratamien-



PALACIO DE LA FAVORITA JANGINA, EN LA MARSÁ, DONDE MURIÓ EL BEY DE TUNEZ.

to prolongó algunos días la existencia del bey, si bien no pudo libertarle de la muerte. »

L. R.

Recepcion de los pontoneros del ejército de Italia en Estrasburgo.

Una crecida muchedumbre llenaba las calles de la ciudad de Estrasburgo por donde debían desfilas las cuatro compañías del 6º regimiento de artillería-pontoneros que volvían de Italia.

Al medio día el cortejo militar entró en la ciudad precedido de un destacamento de coraceros, de la música del 6º de artillería y del general de artillería Borgella, á quien acompañaban el general comandante de la

carros, de ellos veinte y cuatro furgones y diez y ocho pontones, adornados con guirnaldas, seguían á la columna.

Oficiales y soldados tenían las manos llenas de flores que les arrojaban de las ventanas; además les obsequiaron también con paquetes de cigarros.

Algunas cantineras acompañaban á la columna y tomaban su parte en el triunfo. La banda del 7º batallón de cazadores saludó el paso de sus compañeros en la plaza Gutenberg, la del 7º regimiento de artillería en la plaza Kleber, y la del 47º de línea en la plaza de Broglie.

Desde la puerta del Hospital hasta el cuartel, la marcha de los pontoneros dió lugar á una ovacion continua.

X.



RECEPCION DE LOS PONTONEROS DEL EJERCITO DE ITALIA EN ESTRASBURGO.